

Universidad Nacional de Córdoba
Facultad de Filosofía y Humanidades
Escuela de Historia
Trabajo Final de Licenciatura en Historia

***Las configuraciones de España en la
obra de Manuel Ugarte. Conexiones con la
Generación del 98 española.***

Presentado por: Prof. Micaela Sánchez
Director: Dr. Domingo Ighina
Codirector: Dr. Javier Moyano

Septiembre 2018
Córdoba, Argentina

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	p.4
I	
CONTEXTO.....	p.11
La consolidación de la hegemonía de Estados Unidos en América y la caída del Imperio Español	p.11
Primer Anti-imperialismo americano y el Movimiento Hispanoamericanista español.....	p. 15
II	
TRAZADO DE REDES INTELLECTUALES ENTRE MANUEL UGARTE Y LA GENERACIÓN DEL 98 ESPAÑOLA	p. 20
Trazado de redes intelectuales entre Manuel Ugarte y la generación del 98 española.....	p.20
Redes Intelectuales españolas- americanas.....	p. 25
III	
LA MIRADA UGARTEANA SOBRE ESPAÑA EN LA CONQUISTA Y COLONIZACIÓN DE AMERICA	p.33
Configuración de España en tensión.....	p.33
La revisión de la leyenda negra.....	p. 37
IV	
LEGADO ESPAÑOL EN AMÉRICA	p. 45
La latinidad como legado español para configurar una identidad americana.....	p.45

La oposición Nación latinoamericana -Estados Unidos bajo la forma de oposición latino – sajona	p. 49
--	-------

V

LA VISIÓN DE ESPAÑA EN EL MARCO DE LA CONFIGURACIÓN DE UNA COMUNIDAD AMERICANA – ESPAÑOLA. EL BLOQUE AGRIETADO.....	p. 60
---	-------

Causas de las Independencias americanas en la óptica de M. Ugarte.....p. 60

Bloque agrietado.....p. 69

VI

COMPROMISO ESPAÑOL AMERICANO FRENTE A ESTADOS UNIDOS.....	p.73
---	------

Compromiso español americano por la pervivencia de la raza.....p.73

Postura frente al modelo que supone EEUU para las repúblicas americanas.....p.78

CONCLUSIÓN.....	p. 84
-----------------	-------

FUENTES.....	p.92
--------------	------

BIBLIOGRAFIA.....	p. 95
-------------------	-------

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo está orientado hacia la búsqueda de conexiones entre la producción ensayística de Manuel Ugarte y la generación española del 98. Tiene como problema central el lugar que Ugarte asignó a España en relación a América en el marco de su proyecto integrador hispanoamericano. Este planteo partió de una inquietud inicial por la identidad latinoamericana en el discurso ugaritano y por el papel de lo español en la identidad americana configurada por Ugarte, y de otra inquietud consecuente por la figura de España construida en la obra del autor argentino. Este trabajo se centrará en las mencionadas dimensiones de la producción ugaritana, con el propósito de complejizarlas a través de posibles conexiones con el conjunto de intelectuales españoles conocidos bajo la denominación de Generación del 98.

En el presente se analizarán en la ensayística de Manuel Ugarte: la identidad hispanoamericana construida, la raza latina que se percibía como compartida entre España y América, la visión de la historia en torno a los siglos de dominio imperial español y las independencias americanas y, por último, la figura del Estados Unidos y su imperialismo sobre el subcontinente¹. Aquellos funcionarán como ejes a partir de los cuales se trazarán las conexiones entre la producción de nuestro autor y la de los intelectuales regeneracionistas españoles.

Se atenderá el lugar de España en relación a América que Ugarte construye en su obra, con el fin de cimentar una identidad hispanoamericana que contribuyera a su objetivo de fundar un proyecto de integración continental y buscar conexiones entre el lugar de España en la construcción ugaritana y la mirada sobre España en relación a América que los autores españoles de la generación del 98 construyeron.

¹ Como afirmaremos luego, la figura de los Estados Unidos es una conexión relevante en tanto fue percibido como el “enemigo común”, tanto por españoles como por los americanos.

Con el objetivo de analizar lo anteriormente explicado, se situará el análisis en el proceso que tuvo por resultado el avance de Estados Unidos sobre América latina y el paralelo retroceso de España, cuya cristalización fue la Guerra de 1898, atendiendo también a los contextos de crisis que atravesaban España y América latina y el impacto de la figura de Estados Unidos en ese marco, en tanto su irrupción habilitó la confluencia de ambos movimientos: el modernismo americano y el hispanoamericanismo español.

El trabajo aborda el periodo comprendido entre 1898, año de la finalización de la Guerra Hispano-cubano- norteamericana, hasta el año 1932. La delimitación temporal del trabajo se extiende hasta principios de la década del treinta, dado que luego hacia la segunda mitad de dicha década se produjeron cambios en el panorama político y cultural, tanto en España como en América. Como explica Sepúlveda (2008), en España, el movimiento hispanoamericanista había entrado en crisis, dado un progresivo desinterés de la clase política hacia América, correlativo con un mayor interés por el desarrollo de la política interior; finalmente es reemplazado por la “hispanidad”, que no estaba interesada en las relaciones españolas – americanas (155-157). Paralelamente, hacia esa fecha, siguiendo a Bergel y Martínez Mazzola (2008), en América se desaceleraba la articulación de redes de intelectuales latinoamericanistas,² desarrollada desde el 1900 y cuyo apogeo se había alcanzado hacia la década del 1920.

Si bien dentro del campo de estudio de la historia intelectual se ha comprobado la existencia de redes de sociabilidad intelectual entre la generación del 900 americana y la Generación del 98 española, la conexión de Ugarte con aquella es una problemática que carece de exploración. A la vez, se cuenta con antecedentes de estudios sobre la construcción de una identidad hispanoamericana en América, pero se carece de trabajos que aborden específicamente la visión de España construida por Ugarte o la idea de comunidad española- americana presente en su obra. La relevancia del presente trabajo está dada por su orientación hacia el tratamiento de una problemática novedosa, ya que

² Redes latinoamericanistas, según Bergel (2008:121) refiere a una trama de prácticas e ideas producidas por estudiantes, escritores e intelectuales que habían tenido como horizonte América latina.

se propone trabajar en torno a una dimensión de la obra de Manuel Ugarte que no ha sido abordada.

Manuel Baldomero Ugarte (Buenos Aires, 1875- Niza, Francia, 1951) fue un intelectual de la generación americana del 900, poeta, ensayista y periodista argentino. Desarrolló parte significativa de su labor intelectual en Francia, retornando por cortos periodos a Buenos Aires. Entre sus trabajos iniciales se destacaron los artículos “El peligro yanqui” (1901) y “La defensa latina.” (1901), y posteriormente la “Carta Abierta al presidente de los Estados Unidos” (1913), dirigida a Woodrow Wilson.

Nuestro autor se destacó por su compromiso con la difusión de su ideario integracionista y antiimperialista, lo que le otorgó impronta a su gira de dos años por el continente americano, entre 1911 y 1913, que lo llevó incluso a los Estados Unidos a denunciar la “política del garrote³” en la Universidad de Columbia, donde disertó en el año 1912. De esa gira continental nacieron dos libros: *Mi campaña Hispanoamericana* (1922), una recopilación de sus conferencias durante la gira y algunas posteriores en México, España y Buenos Aires y *El destino de un continente* (1923), diario de viaje, con material documental, que incluye su primera estadía en Nueva York en 1901.

En 1914 promovió la creación de la *Asociación Latinoamericana*, conformada por estudiantes y obreros y un año después fundó el periódico *La Patria*, de breve supervivencia. Ugarte fue el orador principal, después de los delegados estudiantiles, en el Acto de Fundación de la *Federación Universitaria Argentina* realizado el 11 de abril de 1918. Su trayectoria como intelectual incluyó su militancia en el Partido Socialista Argentino, con cuyo órgano de difusión, *La Vanguardia*, entró en continuas polémicas, lo que se tradujo en expulsiones y posteriores reincorporaciones. Sostuvo la neutralidad argentina en las dos guerras mundiales, apoyó a Sandino en Nicaragua y

³ Política exterior de T. Roosevelt, fuertemente intervencionista, fundamentalmente en el Caribe (Boersner, 1996)

se posicionó en contra de la construcción del Canal de Panamá y a favor de la Revolución Mexicana. Durante el gobierno peronista fue embajador en México, Nicaragua y Cuba, hasta 1950, año en que retorna a Europa. Murió en Niza, Francia, en 1951.

El movimiento hispanoamericanista español, de acuerdo a Sepúlveda (2008), expresaba como propósito promover una comunidad cultural entre España y las repúblicas americanas, que ellos argumentaban que se fundamentaba en elementos comunes como el idioma, la religión, la historia y las costumbres. Es importante destacar que el movimiento hispanoamericanista español albergó corrientes heterogéneas en su interior, con trayectorias disímiles. Sepúlveda distingue el pan- hispanismo, corriente más conservadora, y por otro lado, el hispanoamericanismo progresista.

Resulta pertinente para este trabajo aclarar los conceptos *hispanoamericanismo* e *hispanidad*. Siguiendo a Sepúlveda (2008), si bien la hispanidad tuvo su origen en una radicalización del hispanoamericanismo conservador, evolucionó de forma muy diferente, por lo que no es posible establecer una identificación entre el movimiento hispanoamericano y la hispanidad. La formulación de esta última estuvo atravesada por el contacto con la ideología fascista europea, y fue oficializada posteriormente por el franquismo, que la utilizó con fines propagandísticos.

Con el fin de abordar el tema propuesto, seleccionamos escritos de Manuel Ugarte y de tres autores españoles. Se eligen apartados de la obra *El porvenir de América latina* (1910), conferencias contenidas en la obra *Mi campaña hispanoamericana* (1922) y el prefacio de dicha obra, un capítulo de *El destino de un continente* (1923) y un artículo del año 1927.

Dada la heterogeneidad de los autores hispanoamericanistas españoles, se seleccionan parte de obras y artículos disponibles de Miguel de Unamuno, Rafael Altamira y Ramiro de Maeztu.

Miguel de Unamuno (1864, Bilbao, España- 1936, Salamanca, España) fundó una comunidad española americana de base idiomática, y se dedicó a la crítica de las literaturas hispanoamericanas. Ramiro de Maeztu (1875, Vitoria, España- 1936, Madrid, España), también se dedicaba a la crítica literaria sobre autores americanos, y además se desempeñó como embajador en Argentina y publicó en medios gráficos de nuestro país. Rafael Altamira (1886, Alicante, España- 1951, México DF, México) promovió el desarrollo del americanismo en las universidades españolas y destacó la importancia de la profesionalización de la historia y el trabajo documental para producir conocimiento sobre América.

La selección de fuentes tiene como criterio la búsqueda de conexiones entre los autores mencionados y la obra ugarteana, por lo que nos detenemos en la dimensión americanista de los autores españoles, atendiendo fundamentalmente a sus reflexiones sobre España en relación a América, y complementariamente, acerca del papel de los Estados Unidos. Dado que la información sobre el americanismo en los autores seleccionados puede resultar fragmentaria, habiendo sido más estudiado, en relación a los demás, el caso del americanismo en Altamira, se situarán las fuentes españolas disponibles en el marco del hispanoamericanismo español.

El presente trabajo se propone abordar el problema de investigación tomando las herramientas brindadas por el campo de la Historia Intelectual. Siguiendo a Granados y Marichal (2004), este campo de estudio sitúa toda obra en su contexto de producción y de circulación, así como analiza la recepción de las obras entre autores. El enfoque de historia intelectual habilita a la búsqueda de conexiones entre la producción de diferentes autores, tal como el presente proyecto se propone.

Para nuestro objetivo, el concepto de redes intelectuales de Carlos Altamirano (2008) permite trazar las conexiones. El autor define las redes de intelectuales como indicativo de “una forma de sociabilidad y una cadena de contactos e interacción, entre artistas, gente de letras, editores y otros tipos de agentes culturales, ligados por

convicciones ideológicas o estéticas compartidas” (18-19). Para el trazado de las redes, se sigue el criterio presentado por Bergel y Martínez Mazzola (2008), que atiende a los viajes con vocación proselitista o por misión diplomática y cultural, y el intercambio de correspondencia y la circulación de obras a través de envíos realizados por los propios intelectuales.

La presente investigación se estructura en seis capítulos. En el primero se aborda la emergencia de Estados Unidos como potencia hegemónica sobre América latina y el retroceso del dominio español y su caída definitiva tras la Guerra Hispano – Cubano-Norteamericana. También se sitúa a los autores seleccionados en sus corrientes de pensamiento: el primer antiimperialismo americano y el movimiento hispanoamericano español. En el segundo capítulo se trazan redes de intelectuales integradas por Manuel Ugarte y los autores españoles seleccionados, ubicándolos dentro de las redes tendidas, a partir del interés hispanoamericanista español, entre autores españoles y los intelectuales modernistas americanos.

En el tercer capítulo nos dedicamos a explorar la configuración ugarteana de España, plasmada en su lectura sobre la conquista y colonización española. En ella, se atiende al carácter violento y/o civilizador de España, explorando la tensión entre estas dos caras presentes en la obra ugarteana. Interesa ubicar esta mirada en conexión con la revisión o rectificación de la leyenda negra operada en España, e indagar en su conversión en instrumento de interpretación del país ibérico. Se relaciona el planteo de Ugarte con la caracterización sobre la conquista y colonización de América en los autores españoles.

En el cuarto capítulo, nos enfocamos en el legado español en América latina, según la construcción identitaria ugarteana, la cual funda su integración defensiva frente a los Estados Unidos. Interesa rescatar el legado latino como heredado de España, y la manera como Ugarte configura dos espacios continentales en términos culturales, para ver la circulación de la idea de latinidad entre los autores.

En el capítulo quinto exploramos la percepción de España en el marco de la comunidad española-americana que el autor concibió, que es posible rastrear en su interpretación de las independencias americanas. En el pensamiento ugarteano, la idea de comunidad española –americana, fue condensada bajo el concepto de “bloque agrietado” construido en su ensayística. En el caso de los autores españoles, se analiza la idea de comunidad transnacional que conforman América y España, explorando la lectura sobre las independencias que realizaron los autores españoles, para hacer dialogar las diferentes interpretaciones.

En el sexto capítulo se analiza el llamado a un común compromiso por el futuro de la raza latina, y las motivaciones de esa alianza, frente al avance estadounidense, en un contexto en el cual, en España, el movimiento hispanoamericanista quería recuperar el lazo español- americano y en el que la figura de Estados Unidos tomaba una nueva significación. Por eso se analiza también la postura de los autores españoles frente al modelo que suponía Estados Unidos para las repúblicas latinoamericanas.

CONTEXTO

La consolidación de la hegemonía de Estados Unidos en América y la caída del Imperio Español

El conflicto que tuvo lugar 1898, conocido como Guerra Cubano- Hispano-Norteamericana, significó un punto de inflexión en el marco de un proceso que finalmente, hacia fines del siglo XIX y principios del XX, dio lugar a la consolidación de Estados Unidos como potencia hegemónica en América y, por otro lado, la caída definitiva del Imperio español en ese continente.

Hacia finales del siglo XIX, España contaba, dada la falta de recursos financieros, diplomáticos y militares, con escaso control de la poca extensión y dispersión de sus dominios, localizados estos en las Antillas (Cuba y Puerto Rico), Pacífico y Asia (Filipinas) y en África (Islas Canarias, Marruecos) (RUEDA HERRANZ, 1998: 58).

Estados Unidos comenzó su expansión territorial desde las iniciales Trece Colonias asentadas sobre el Atlántico, luego de su independencia en 1776. Las estrategias implementadas abarcaron la ocupación, la compra y la guerra, y una combinación de estas tres. La compra de Louisiana a Napoleón en 1803 durante el gobierno de Jefferson duplicó el territorio de Estados Unidos, llegando sus límites hasta las montañas Rocallosas.

La venta de la Florida y la Costa del Golfo a Estados Unidos, entre 1810 y 1819, había expandido aún más a la Unión sobre el Golfo de México, y había ofertado en varias ocasiones comprar la isla de Cuba a España, lo que esta última nunca aceptó. En Cuba,

España concentraba los intereses económicos y vínculos emocionales fuertes (CARR, 1970: 365). Si bien existía una alta presencia de españoles en Cuba, la estrechez de los vínculos comerciales y flujo de capitales desde Estados Unidos fue ascendente, así como el flujo de inmigrantes, en torno a la exportación de azúcar cubana a Estados Unidos (GIL, 1975: 87-88).

Tras la Guerra de Secesión, el país del norte consolidó su industrialización y acentuó la concentración del capital, y la supremacía del sector financiero. Esto desató, amparada por el gobierno, su expansión en busca de nuevos mercados y fuentes de materias primas. Como parte de ese proceso convoca a los países latinoamericanos a la Conferencia Panamericana de Washington en 1889 y la Conferencia Monetaria de 1891, con el propósito de legalizar un tratado de libre comercio, y la unidad aduanera y monetaria, para controlar el comercio con América Latina⁴. Décadas atrás ya había sido posible advertir por entonces la creciente injerencia estadounidense en el resto del continente americano, expresada tempranamente en la Doctrina Monroe de 1823⁵, y en las anexiones territoriales de actuales Estados del Sur de Estados Unidos⁶ tras la Guerra con México, en 1848.

Los españoles habían vencido a los independentistas cubanos en 1878, pero los conflictos se intensificaron a partir de 1890. El presidente norteamericano Mc Kinley presionó a los españoles para que implementen algunas reformas en beneficio de los independentistas cubanos (LAFEBER, 1991: 58). Finalmente, Estados Unidos intervino de forma directa en el conflicto español- cubano, a partir de la explosión del acorazado

⁴ Se celebraron más conferencias panamericanas en las décadas posteriores: en México (en 1901), en Río de Janeiro (en 1906), Buenos Aires (en 1910), Santiago de Chile (en 1923), y en La Habana (en 1928), como parte de la propuesta panamericanista de Estados Unidos (Maíz, 2003: 256).

⁵ En esta declaración los Estados Unidos manifestaron que “los continentes americanos no deben ser considerados como sujetos de colonización por ninguna potencia europea”, (Dexter Perkins, s/f: 212), lo que fue entendido por los países latinoamericanos como una suerte de apoyo frente a las intervenciones europeas. Los Estados Unidos habían optado por ejercer su neutralidad frente a los conflictos entre latinoamericanos y europeos, hasta que se presentaran como amenaza a su propia paz y seguridad; todo en un contexto en el cual Rusia, Austria, Francia y Prusia habían conformado la Santa Alianza.

⁶ Se trata del estado de Texas y lo que hoy conocemos como Nuevo México, Utah, Nevada, Arizona, California y una parte de Colorado (Zinn: 2005, 111)

norteamericano Maine, en febrero de 1898, pretexto para la declaración de guerra dos meses después. El desenlace fue la derrota española en agosto de aquel año, y la ocupación militar de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam por las tropas de Estados Unidos. El objetivo de Estados Unidos, debido a la cercanía de la isla, era mantener a Cuba bajo su control informal, en lugar de anexarla a la Unión (LAFEBER, 1991: 68). La derrota del 98, de acuerdo a Reymond Carr, evidenció la depresión económica y la crisis política española, siendo estas atribuidas al sistema político de la Restauración (CARR, 1970: 373).

En 1903, Estados Unidos retiró sus tropas de la isla, a condición de incorporar en la nueva Constitución cubana la “Enmienda Platt”, que le confería a los norteamericanos el derecho a intervenir cuando considerase necesario a los fines de “proteger la independencia de Cuba y mantener un Gobierno adecuado para al defensa de la vida, la propiedad y la libertad individual.” (Citado por ZINN, 2005: 231)

Siguiendo a Gil (1975), Cuba cedió territorios donde posteriormente serían instaladas la base militar de Guantánamo y la base naval de Bahía Honda. La ocupación de Cuba y la construcción del Canal de Panamá, luego, favorecieron la consolidación de la hegemonía de Estados Unidos sobre el Caribe. La instauración del enclave conocido como “zona del Canal” en Panamá, fortaleció la presencia estadounidense en la región, disputada a Francia- que inicialmente contaba con la licitación para la construcción del Canal- e Inglaterra.

Durante el siglo XX, Estados Unidos justificó sus intervenciones en América latina invocando la Doctrina Monroe, cuya actualización hacia fines del siglo XIX la convirtió en un instrumento patentemente intervencionista. El Corolario inicial fue el de Roosevelt, a partir del cual se arrogaba el derecho de injerencia frente a intrusiones de otras potencias, advirtiendo que la intervención estadounidense estaría garantizada ante cualquier avance extracontinental. También se operaría frente a casos de desestabilización interna o debilidad del gobierno local: “una actuación crónica errónea o la impotencia que se convierte en perdida general de los vínculos de la sociedad civilizada por parte de un país

del hemisferio occidental podría requerir que los Estados Unidos ejercieran un poder policíaco internacional.” (PERKINS, Dexter, *s.f.*, p.215)

Señala Gil (1975) que la Doctrina Monroe fue invocada en numerosas intervenciones directas en países latinoamericanos, como por ejemplo la ocupación de República Dominicana entre 1916 y 1924, de Haití entre 1915 y 1934 y Nicaragua desde 1912 hasta 1933, países que, junto con Cuba y Panamá, experimentaron la intervención de Estados Unidos durante el siglo XX (86-87). Diferente a estos casos fue el de México, país donde la injerencia estadounidense no cobró formas directas de control financiero ni del gobierno (87).

El proceso reseñado culminó con el desplazamiento de España- y también de Inglaterra y Francia, en menor medida⁷- de los territorios latinoamericanos, ya que dio lugar a la consolidación, durante el siglo XX, de la hegemonía de Estados Unidos sobre el continente americano -a excepción del Cono Sur. Las elites latinoamericanas pasaron a percibir a Estados Unidos como fuente de amenaza o peligro efectivo, pero persistiendo su rol de ejemplo a seguir.

Para España significó el fin de su imperio de siglos en América. El debilitado reino peninsular ya no representaba por entonces ningún peligro para el subcontinente americano, ya que había sido vencido en 1898. Incluso llegó a despertar cierta solidaridad en por lo menos parte de las elites latinoamericanas. Pero jamás constituirá en adelante un país modelo, ya que las elites continuaron viendo como tal a los Estados Unidos; de todas maneras, como expresa Terán (2008) no se adoptará, en el subcontinente, acriticamente el modelo de Estados Unidos (97).

El proceso de avance estadounidense y retroceso español, no estuvo exento de repercusiones, tanto en España como en la América de habla española, cuya

⁷ Gran Bretaña y Francia perdieron influencia en la región, pero mantienen, hasta la actualidad, territorios coloniales en el continente americano: Bermudas, Isla Vírgenes, Anguila, Montserrat, Islas Caimán, Islas Turcas y Caicos, Islas Malvinas, Islas Georgia del Sur y Sándwich del Sur (Gran Bretaña) y Martinica, Guadalupe y Guyana Francesa (Francia).

intelectualidad desarrolló sus propias respuestas ante el proceso marcado por la coyuntura de 1898. En general, el episodio del 98 fue interpretado por los círculos intelectuales americanos y españoles como un punto de inflexión, dada la irrupción de la figura de Estados Unidos en el escenario americano y mundial. La percepción acerca de los Estados Unidos, como se analizará en otro capítulo, será diferente para el caso español y el americano.

Primer Anti-imperialismo americano y el Movimiento Hispanoamericanista español

Las elites latinoamericanas articularon el primer antiimperialismo, en respuesta a las agresiones producto de expansionismo territorial estadounidense. Este movimiento intelectual y político abarcó expresiones que van desde el espiritualismo (que comprende al arielismo) a otras con otra impronta, como el hispanoamericanismo ugarteano, la cual de acuerdo a Maíz (2003), condensó una perspectiva estética tanto como una noción histórico- política del fenómeno imperialista.

Estados Unidos pasó a ser percibido, por parte de las elites, como fuente de peligro y amenaza⁸, al punto que el discernimiento del fenómeno imperialista, señala Terán (1986: 87) se circunscribió en la mayoría de los casos a la identificación entre Estados Unidos, promotor de injerencias territoriales, y la categoría imperialismo. La oposición Estados Unidos -América latina, configuró una identidad defensiva para esta última, dando por resultado la percepción de América latina como conjunto. Los intelectuales reflexionaron sobre la condición del sub continente, situados desde América latina, motivados por el cimbronazo que les significó la emergencia de Estados Unidos en

⁸ El antecedente de este cambio de percepción puede rastrearse hasta José Martí, en su advertencia acerca de las pretensiones hegemónicas y sus intereses comerciales en el Caribe, especialmente en Cuba, y el resto del continente durante su participación en la Conferencia Panamericana de Washington de 1889 y en la Conferencia Monetaria en 1891. En su artículo “La verdad sobre los Estados Unidos”, publicado en su periódico Patria en 1894, expuso la intolerancia, desigualdad, racismo, corrupción y violencia en el interior de la sociedad estadounidense y de su clase política.

el panorama mundial y la consolidación de su hegemonía continental, por lo que la idea de Latinoamérica se conformaba de manera fundamental en relación con ese “hermano enemigo” del norte (TERÁN, 1986: 96).

La percepción de una comunidad latinoamericana se configuró atravesada por la experiencia del viaje moderno o novecentista de una generación de intelectuales latinoamericanos que se caracterizó por su movilidad de la periferia a los centros de producción de conocimiento, las metrópolis europeas; París era la meca para los jóvenes intelectuales americanos, y Madrid la puerta de ingreso a Europa, escala previa a Francia (COLOMBI, 2008: 544).

La lejana experiencia europea, posibilitó una visión en conjunto de la realidad y problemáticas del continente americano, habilitando un imaginario en torno a un espacio comunitario ampliado a nivel continental. El mismo se sostuvo y se expandió sobre redes transnacionales de sociabilidad intelectual, articuladas a través de viajes diplomáticos y culturales, viajes proselitistas, congresos, e intercambios de correspondencia y obras literarias (BERGEL y MARTÍNEZ MAZZOLA, 2008: 120, 126).

La actualización de los proyectos de unidad continental para la contención de la expansión de Estados Unidos emergió como estrategia frente al imperialismo y se presentó como utopía⁹ continental. Siguiendo a Terán (1986: 86), la integración se cimentaba en una supuesta esencia identitaria que tendía a caer en la homogenización de la diversidad continental, ya que era configurada alrededor de esencias prehispánicas, coloniales o posindependentistas, que fundaba en todo caso una unidad desarticulada por un proceso de balcanización; esto en las propuestas de los intelectuales modernistas. A finales del siglo XIX y principios del XX, se produjo la percepción de agotamiento de los proyectos modernizadores decimonónicos, que estaban guiados por el modelo cultural y económico anglosajón- plasmados en Inglaterra y Estados Unidos-, lo que daba lugar al énfasis en los denominados proyectos identitarios (DEVÉS VALDÉS, 1997:17). En estos

⁹ Los proyectos utópicos responden a demandas contemporáneas, cuya consecución, sin embargo, se ubica en el futuro (MAIZ, 2003:225)

últimos, primó la búsqueda de una cultura y un saber propiamente latinoamericanos, en cuanto se “pensaba” la realidad americana, buscando revalorizar lo identitario, encontrando aquello que nos particulariza y nos distingue, para dar lugar así a la construcción de un saber original de América, donde radicara la base de la posibilidad de lograr la autonomía cultural, que a su vez posibilite la autonomía política respecto a los centros de poder hegemónicos. El fin era la consecución de la autonomía intelectual y política y de originalidad como valores del deber ser (latino) americano (MAIZ, 2003: 269).

Según Maíz (2003), Manuel Ugarte se posicionó en esta corriente, siendo su discurso en sí mismo una respuesta antiimperialista. La tesis central ugarteana es la solidaridad hispanoamericana para la defensa frente al peligro impuesto por Estados Unidos. La propuesta ugarteana de integración continental contaba con un fundamento identitario, configurando una nacionalidad continental basada particularmente en el componente español, operando una revalorización de un legado hispánico, recuperando el pasado y la historia común. Por ello, Ugarte configuró una respuesta hispanoamericana al imperialismo, ubicada dentro del americanismo de la generación del 900.

El discurso hispanoamericano era un discurso de denuncia del imperialismo pero también presentaba alternativas en respuesta del mismo, orientadas a la búsqueda de autonomía cultural y política. Se contrapuso al modelo panamericanista¹⁰, que fue un modelo de integración continental propuesto por Estados Unidos, bajo el cual se escondían sus pretensiones hegemónicas de control político y económico de los territorios latinoamericanos.

La Guerra Hispano – cubano- estadounidense incentivó un cuestionamiento por parte de los intelectuales españoles acerca del concepto de Nación Española y su identidad y carácter. Según Sepúlveda (2005) el movimiento hispanoamericano español operó una proyección hacia América con el fin de sortear la crisis española pos 1898, por

¹⁰ Las propuestas panamericanas consistían en articular comercialmente las dos porciones continentales, y establecer un sistema de arbitraje conocido como la Pax Americana, bajo la égida de Estados Unidos (MAIZ, 2003: 253)

lo que se constituyó como una dimensión del nacionalismo español. Esta situación de crisis impulsó una revisión de la Nación, por parte de la intelectualidad española, con el propósito de “regenerarla” a través del conocimiento científico y técnico, el desarrollo de la industria y la educación, frente a un panorama que se juzgó atrasado en esos diferentes órdenes.

Los hispanoamericanistas españoles no concibieron posibilidad alguna de reconstrucción nacional sin tomar en cuenta el lazo español- americano, que recuperaron a la hora de reflexionar acerca de qué constituye lo hispánico. El hispanoamericanismo depositó en su vínculo con América la posibilidad de sortear la crisis pos derrota en la Guerra del 98.

El pan- hispanismo, fundamentó el vínculo español - americano en la raza y la lengua comunes y exaltaron la religión. América era percibida por esta corriente como una prolongación de España, a través de la cual podían afirmar su propia identidad, y estuvo orientada fundamentalmente a proyectar su objetivo de definición nacionalista al interior de España (SEPÚLVEDA: 2005, 103). El pan- hispanismo no admitía trato igualitario con América, y aspiraba a recuperar para España el rol de guía espiritual de la comunidad transnacional y ser referente para América. Para el hispanoamericanismo progresista, tanto la España finisecular como la América independiente eran igualmente conformadas durante los siglos coloniales- equiparación que el pan-hispanismo no aceptaba-. Entendieron que América era medio y fin para superar la crisis de fin de siglo, por lo cual, los intelectuales de esta corriente se caracterizaron por un genuino interés por nuestro continente, pero más que nada les preocupó formular un ideal acerca de América, en lugar de alcanzar una comprensión cabal de la realidad americana (SEPÚLVEDA, 2005: 134).

Siguiendo a Sepúlveda (2005), la construcción de una comunidad que trascendiera las fronteras españolas e incluyera a América, implicó para el hispanoamericanismo la realización de una serie de operaciones en su discurso. Construyeron una revisión del

pasado y la definición de un enemigo en común, idioma y costumbres compartidos entre América y España. Estos dos últimos elementos fueron entendidos como atributos de España, que se extendieron en América durante la conquista y colonización, por lo tanto comunes a la península y el continente, a través de los cuales los intelectuales españoles articularon una comunidad española – americana (SEPÚLVEDA, 2005: 179).

Existieron, según Sepúlveda (2005), “agentes operativos” del movimiento hispanoamericano que se encargaron de fomentar la reconstrucción de los lazos transnacionales abriendo un diálogo con América que aportase soluciones a su coyuntura finisecular, los mismos son: las Asociaciones hispanoamericanistas, diplomáticos y embajadas, intelectuales y las colonias de inmigrantes.

Recapitulando, el desenlace de la Guerra Hispano – cubano - norteamericana marcó la hegemonía en el continente americano y el inicio del peso internacional de Estados Unidos. En España, a raíz del mismo acontecimiento, surgió un movimiento que se denominó de regeneración de la nación española, tras la pérdida definitiva del status de potencia mundial. Este movimiento tuvo una dimensión americanista, es decir, volvió su atención hacia América latina tras un siglo del movimiento emancipatorio continental, planteando la existencia de una comunidad española- americana.

Paralelamente, la extensión de la hegemonía de Estados Unidos, se operó en el marco de la crisis de los proyectos modernizadores latinoamericanos y generó un movimiento intelectual de reflexiones identitarias y propuestas de solidaridad continental que reactualizaron proyectos integradores de principios y mediados del siglo XIX, configurando la generación del primer antiimperialismo.

Sin bien, como se analizará más adelante, en cada caso la percepción de 1898 tendrá matices diferentes, ambos movimientos plantearon una mirada mutua sobre la relación América – España y recuperaron la idea de comunidad o alianza, aunque con motivaciones distintas, frente al nuevo impacto que significó para ellos la figura de Estados Unidos.

II

TRAZADO DE REDES INTELLECTUALES ENTRE MANUEL UGARTE Y LA GENERACIÓN DEL 98 ESPAÑOLA

El presente capítulo se propone indagar en el posible trazado, de acuerdo a la disponibilidad de fuentes, de redes de intelectuales en las que participen Manuel Ugarte y los autores españoles. Si de acuerdo a Bergel (2008:120), las modalidades que permiten trazar redes de intelectuales son los viajes con vocación proselitista y el intercambio de cartas y obras literarias, utilizaremos esas mismas como referencias para indagar aquello que nos interesa en este capítulo: probar contactos entre Manuel Ugarte y los autores españoles trabajados, dentro de las redes tendidas por entre intelectuales españoles y americanos, en el marco de las iniciativas hispanoamericanistas de uno y otro lado del océano.

Trazado de redes intelectuales entre Manuel Ugarte y la generación del 98 española

El argentino Manuel Ugarte tuvo presencia en España, supo viajar allá, publicó artículos en revistas españolas con interés americanista de diverso cuño (GARCIA, 2014), y ofreció conferencias en varias ocasiones, tales como en mayo de 1910 en el ayuntamiento de Barcelona, y en la Academia Hispanoamericana de Cádiz, en el año 1920. Ambas conferencias fueron recopiladas y editadas en la obra titulada *Mi Campaña*

Hispanoamericana (1922). Sepúlveda (2005) advierte que la obra de Ugarte fue bien recibida en España, siendo editados sus ensayos, y artículos periodísticos en la prensa española, insertándose de esta forma en las redes hispanoamericanistas españolas (SEPÚLVEDA, 2005: 87).

Nuestro autor se destacó por su movilidad, alternando residencias por largos periodos en Europa y en Argentina, y giras por el continente americano. Recordemos que el viaje moderno o novecentista fue una característica de la generación de intelectuales del primer antiimperialismo americano. La particularidad de la experiencia de viaje de nuestro autor fue la alternancia de estadias entre dos continentes: Europa, ya que se radicó en Francia, y viajó a España, y en América, en forma de gira continental de conferencias, más sus estadias de regreso en Buenos Aires. Durante su gira americana disertó frente a públicos compuestos por obreros y estudiantes. Habló en asociaciones estudiantiles, sindicatos y congresos, enunciando su ideario antiimperialista. Visitó Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Estados Unidos, Panamá, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Uruguay. Teniendo en cuenta esto, se puede identificar en el autor una praxis en cuanto a su recorrido por los países latinoamericanos, en la cual alertó del peligro que representaban los Estados Unidos, lo que también es posible identificar en sus ensayos y conferencias, a través de los cuales nuestro autor se proponía cambiar la realidad (MAIZ, 2003: 270). En este sentido, Ugarte se posicionó contra el elitismo intelectual y planteó la necesidad de participar de la vida pública de las sociedades, opinar y hasta confrontar (COLOMBI, 2008: 563).

La correspondencia, acompañada del intercambio de publicaciones, nos permite plantear que sí existieron contactos entre Ugarte y otros intelectuales, en este caso los intelectuales hispanoamericanistas españoles. Contamos para ello con dos cartas, una de ellas extraída del epistolario de Manuel Ugarte, editado por el Archivo General de la Nación en 1999, con remitente de Miguel de Unamuno, y otra carta de Manuel Ugarte en

respuesta a aquella, presente en el Repositorio documental de la Universidad de Salamanca¹¹. Ambas cartas tienen fecha de julio del año 1904.

En su carta fechada el 6 de julio de 1904, desde Portugal, Unamuno le notificó a Ugarte que recibió su obra titulada *Visiones de España*, lo que evidencia el intercambio de obras entre los autores: “Hace tiempo, en cuanto recibí y leí sus «Visiones de España» debí haberle escrito.” (SWIDERSKI, 1999: 14). Unamuno realiza inmediatamente un comentario sobre dicha obra: “(...) Su libro es interesante en cuanto nos muestra la manera que tiene de ver y juzgar este país - quiero decir, España - un hijo de una ciudad cosmopolita en que no se alzan piedras seculares” (SWIDERSKI, 1999: 14).

Unamuno sugiere en su carta que va a escribir una crítica más extensa de la mencionada obra – recordemos que se dedicó a la crítica de literatura latinoamericana-: “Yo pienso escribir de él a la vez que de su «Novela de las horas», y ello me servirá de pretexto para hablar de la nueva tendencia que ha tomado su literatura desde que le prologué el libro de antaño” (SWIDERSKI, 1999: 15). Unamuno se refiere en este pasaje de la carta al prólogo que escribió para la obra titulada *Paisajes Parisienes* (1903). Asimismo, el autor español parecía interesado en la trayectoria intelectual y literaria de Ugarte e hizo una valoración de la misma: “Porque creo realmente que ha habido en usted grandísimo progreso y que lo que hace ahora es mucho más humano, más sencillo y más jugoso. Observo a la vez que va abriéndose paso y conocimiento aquí” (SWIDERSKI, 1999: 15). Esta cita a la vez nos sugiere que la circulación de obras entre ambos intelectuales pudo ser asidua, y de ese modo Unamuno pudo valorar la obra ugarteana y notar, según sus palabras, un progreso. A la vez, es importante destacar que Unamuno manifestó en ese pasaje de su carta que Ugarte estaba abriéndose camino en el círculo intelectual español, donde llegaría a tener amplia recepción.

Otra parte del texto de la carta sugiere que Ugarte mencionó a Unamuno en su obra *Visiones de España* (1904), relatando la visita del argentino a Salamanca, donde residía Unamuno: “Le agradezco mucho lo que de mí dice en su libro y al relatar su visita a

¹¹ Recuperado de: <http://gredos.usal.es/jspui/handle/10366/21008> (transcripción propia)

Salamanca, lo cual no será obstáculo para que me ocupe en el libro” (SWIDERSKI, 1999: 15). Por último, señalamos que Unamuno le informa a Ugarte sobre su próximo proyecto: “Estoy metido en unos comentarios al Quijote, que son más bien libres meditaciones sobre su texto y nada de disquisiciones eruditas ni críticas. Veré como me sale, pero es el caso que lo hago con mucho gusto” (SWIDERSKI, 1999: 15).

En la carta que Ugarte escribió a Unamuno, fechada el 10 de julio de 1904 en una localidad francesa, se puede ver que Ugarte también seguía la trayectoria del autor español, y además que eran asiduos sus contactos:

“(…) con verdadero placer he recibido su carta escrita en Oporto el seis de este mes. Hace tiempo que esperaba tener noticias. Por los diarios he sabido sus trabajos y sus victorias. Pero deseaba algo más personal. De ahí que le agradezca doblemente su recuerdo” (Carta de Manuel Ugarte a Miguel de Unamuno, 1904: f.1)

En su carta, Ugarte respondió al comentario acerca de su trayectoria intelectual:

“(…) es verdad que mi labor ha tomado rumbos más definidos. Usted ha observado la evolución con verdadera perspicacia. Me agradecería que lo señale en uno de esos bellísimos y sustanciosos artículos que usted arroja a todos los vientos. Y si usted no se acuerda de la promesa, se la recordaré yo.” (Carta de Manuel Ugarte a Miguel de Unamuno, 1904: f.1 v).

Ante la posibilidad de realizar un viaje a España, Ugarte manifiesta su intención de reunirse con Unamuno “ya sea en Madrid, ya sea en Salamanca.” Escribió Ugarte: “Demás

está decir que le diga cuanto deseo volver a conversar con usted”(Ugarte, 1904: f.2). La invitación a encontrarse durante el viaje de Ugarte a España indica que ya habían tenido la oportunidad de conocerse en persona¹². Además, el autor sugirió sus intenciones de continuar con el intercambio de obras: “Tengo un libro en la imprenta, en Barcelona, pero todavía no se cuándo saldrá. Desde luego, uno de los primeros ejemplares será para usted.” (Carta de Manuel Ugarte a Miguel de Unamuno, 1904: f.2 – 2 v).

El prólogo mencionado por los autores en la correspondencia analizada, se trata de aquel que fue escrito por Unamuno para la obra de Ugarte llamada *Paisajes Parisienses* (1903). Dicho prólogo tiene fecha de 1901. En el mismo, Unamuno le dedicó la mayor parte del desarrollo a la crítica del lenguaje utilizado por Ugarte en la mencionada obra, y en un pasaje afirmó: “...mas lo que sobre todo me llama la atención de este nuevo peregrino de la literatura, en este mozo que viene por su “jornal de gloria” es su inventiva para la frase” (UGARTE, 1903: IX). Señala que la obra en cuestión presentaba un lenguaje desarticulado, declara que en ella Ugarte “rompe con la tradicional y castiza urdimbre del viejo castellano” (UGARTE, 1903: XII). En concordancia con su interés por la crítica de la literatura hispanoamericana, el autor español desarrolló una reflexión sobre la lengua castiza y el lenguaje moderno. Finalmente, sentenció: “... me parece la presente obra una obra de alguna eficacia en el respecto lingüístico” (UGARTE, 1903: . XV – XVI).

En síntesis, podemos inferir que existieron contactos comprobables entre Manuel Ugarte y Miguel de Unamuno. Esto se puede plantear a partir del análisis de las cartas intercambiadas entre los mencionados autores, y el prólogo redactado por el español para un libro de nuestro autor argentino.

La correspondencia, según se ha visto, sugiere varias cuestiones de nuestro interés, a fines de trazar posibles redes entre Ugarte y la Generación del 98. Esto es porque brindan información sobre el intercambio previo de obras entre Ugarte y Unamuno y de comentarios sobre las mismas. Sugiere un mutuo conocimiento de sus respectivas

¹² Maíz menciona que Ugarte viaja a España en 1902 y va hasta Salamanca a visitar a Unamuno, (2003: 285)

trayectorias literarias, y hasta dejan entrever previos encuentros personales entre los autores.

En su prólogo a la obra *Paisajes parisienses* (1903), Unamuno se enfocó en realizar una crítica literaria en cuanto al lenguaje de la obra, cuestión que le resultaba de su interés. El prologado concuerda con las declaraciones en la correspondencia acerca de su conocimiento de la obra ugarteana y su evolución. Siguiendo a Maíz, Unamuno fue el principal patrocinador literario de Ugarte, no solamente prologando la obra mencionada, sino también escribiendo sobre ella en la prensa española (2003: 283).

Redes Intelectuales españolas- americanas

Existieron redes de sociabilidad entre los intelectuales españoles y americanos entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, dentro de las cuales es posible situar a Manuel Ugarte y los autores españoles seleccionados en el presente trabajo, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu y Rafael Altamira. Los intelectuales españoles y Ugarte, estimamos, formaban parte de las redes de intelectuales extendidas entre España y América. En efecto, se ha comprobado el trazado de redes de sociabilidad intelectual entre los modernistas americanos y la Generación del 98 española. La extensión de redes intelectuales entre españoles y americanos, nos permite situar en ellas los intercambios de cartas y obras literarias entre Ugarte y Unamuno, vistos en el apartado anterior.

La articulación de redes de intelectuales españolas y americanas es una temática que ya ha sido investigada. Los intelectuales hispanoamericanistas españoles renovaron su interés en el continente americano, en consonancia con la construcción de una comunidad española – americana, en un contexto de caída definitiva del Imperio español. América fue entendida por los americanistas españoles como posibilidad de la reafirmación nacional española, tras lo que significó la Guerra del 98.

El episodio de 1898, proporcionó el puntapié para instalar el hispanoamericanismo como respuesta a la coyuntura de crisis. Eventos como la fundación de la Unión Iberoamericana en 1885 y la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América en 1892 fueron antecedentes del movimiento hispanoamericanista que cobró impulso a partir del desenlace de la Guerra Hispano- cubano- norteamericana y sus fuertes repercusiones en la intelectualidad española (LEDEZMA MARTINEZ, 2013: 229).

Tras la mencionada guerra, se intensificó la recuperación de las relaciones españolas con América, frente a la exigencia de la nueva geopolítica, dada la emergencia de Estados Unidos en el escenario mundial. Esta situación novedosa permitió superar el recelo anti - español post independencias de las repúblicas americanas y dejar atrás la percepción de lo español como un lastre a ser erradicado por la inherente imposibilidad de progreso¹³.

Entrado el siglo XX, la coyuntura de los centenarios de las independencias de las repúblicas americanas, fue aprovechada por la intelectualidad española para reconquistar el prestigio español frente a ellas, lo que entendían como principal obstáculo a la recomposición del lazo español – americano. El hispanoamericanismo español intentó articular una comunidad trasnacional, de tipo cultural, entre España y América. Entendieron que España había prolongado su identidad y cultura en América, fundamentalmente durante los siglos XVI y XVII, lo que dio por resultado una comunidad cultural, cuyos atributos fueron definidos mediante un proceso de construcción identitaria para explicar la existencia de dicha comunidad (SEPÚLVEDA: 2005: 182).

Los hispanoamericanistas españoles entendían que la comunidad española - americana fue gestada por la acción de la “Madre Patria” en América. La experiencia colonial de los siglos XVI y XVII había generado “elementos identificadores”, en palabras de Sepúlveda, que eran atributos españoles extendidos en América, y que fueron

¹³ Esa percepción había sido el punto de partida de los proyectos de Nación latinoamericanos a mediados del siglo XIX.

pensados como parte del núcleo integrador del “mundo hispánico”, configurando esa identidad que trasciende el territorio de la ex-metrópoli (SEPÚLVEDA, 2005: 179).

América y España volvieron a mirarse mutuamente, pero con fines diferentes, a partir de la coyuntura de emergencia de Estados Unidos en el escenario mundial y el avance de la consolidación de su hegemonía sobre América latina. Este fenómeno renovó la consideración sobre España y generó en parte de las elites americanas una expresión de solidaridad para con la potencia en decadencia, que ya no representaba ningún peligro. En paralelo, Estados Unidos era percibido tanto como amenaza, a la vez que, paradójicamente, también era objeto de admiración por parte de las elites y de los intelectuales del primer antiimperialismo americano, lo cual generó preocupación entre los hispanoamericanistas españoles, respecto al carácter de rival de la influencia cultural estadounidense sobre las ex colonias¹⁴.

La propuesta del movimiento hispanoamericanista consistió en revalorizar la cultura hispánica en América, sin disputarle la hegemonía comercial a los Estados Unidos, dado la imposibilidad de condiciones para ello. Como Sepúlveda señala, se trató de una respuesta cultural, ya que los lazos culturales españoles- americanos fueron recuperados por el hispanoamericanismo y se intentaron reanimar. La perspectiva cultural se ponderó como la estrategia viable de acercamiento español- americano, y las iniciativas en ese orden cobraron más fuerza, ya que las de tipo económico eran poco viables, dada la debilidad de la burguesía española, desde las independencias, en el comercio con América.

Las acciones orientadas a fortalecer los lazos entre España y América, fueron fundamentalmente iniciativas de orden cultural y de carácter privado. El órgano más destacado fue la Unión Iberoamericana, que se encargó de fomentar celebraciones oficiales y armar un programa hispanoamericanista de tipo progresista que abarcaba amplitud de aspectos como el económico y cultural, académico. El Estado español intentó

¹⁴ El movimiento hispanoamericanista tendió a reconocer la influencia económica que tenía aquel país en América latina, cuyo flujo comercial se encontraba cada vez más hegemonizado por EE.UU.

fomentar la representación en las embajadas, estrechar lazos con colonias de inmigrantes y financiar las asociaciones hispanoamericanistas que estaban oficiando, en palabras de Sepúlveda, como agentes operativos del movimiento hispanoamericanista. Sin embargo el fomento de la oficialización del hispanoamericanismo no tuvo el impacto esperado ni fue posible concretar los programas en todas sus dimensiones, dada, principalmente, la escasez de medios para implementarlos.

Persiguiendo los objetivos antes mencionados, la “Junta para Ampliación de Estudios”, sociedad hispanoamericanista en España, posibilitó la colaboración española con países americanos. Facilitó el intercambio de estudiantes, investigadores y profesores, y su residencia en España, bien reservándoles plazas en la Residencia de Estudiantes o incentivando su recibimiento en el Centro de Estudios Históricos; en ese marco hay que inscribir las estancias en España de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Silvio Zavala, entre otros (ABELLÁN, 2010: 29).

En el caso de los autores españoles seleccionados, su interés americanista se manifestó de diversas maneras. Similar a la gira de Ugarte, pero unos años antes y persiguiendo otros fines, Rafael Altamira realizó un viaje por diversos países de América latina. El historiador español realizó su viaje desde 1909 hasta 1910, visitando Perú, Argentina, Cuba, México, Uruguay, Chile e incluso, fue a los Estados Unidos, visitando universidades. Su finalidad fue principalmente presentar su programa hispanoamericano, y fomentar la cooperación cultural y científica entre España y América (LEDEZMA MARTINEZ, 2013: 226).

En su programa americanista destacó aspectos pedagógicos y académicos como parte de la estrategia para establecer vinculaciones científicas y culturales con las universidades americanas (SEPÚLVEDA, 1990: 129-130). A través de su visita a universidades americanas, intentó dar pie a una plataforma de intercambio de profesores y estudiantes, así como de bibliografía, entre universidades latinoamericanas y españolas. El autor mismo mantenía contacto con rectores de universidades latinoamericanas, como

el rector de la Universidad de La Plata, Joaquín V. González y el rector de la Universidad de Santiago de Chile (LEDEZMA MARTINEZ, 2013: 231).

Altamira ofreció conferencias sobre temáticas diversas tales como derecho, historia de España, enseñanza media, enseñanza de la historia, y metodología de la investigación histórica, dirigidas a profesores, estudiantes y al público en general. Entendió la enseñanza y difusión de la historia como un pilar en la reconstrucción de España, ya que según su óptica, en la historia en común en el periodo colonial estaba el tronco de la articulación de la comunidad con América (SEPÚLVEDA, 1990: 139).

Se desarrolló dentro de espacios académicos, es decir, disertó en diferentes universidades latinoamericanas, tanto como se interesó por anclar el americanismo en el ámbito universitario de su país. Promovió el hispanoamericanismo en las universidades españolas, ya que la universidad tenía para él una importancia en el proceso de regeneración española (LEDEZMA MARTINEZ, 2013: 198).

En Argentina, la parada más extensa de toda su gira, visitó las universidades de La Plata y de Buenos Aires en el año 1909. Impartió en ellas cursos de metodología de investigación en Historia, y metodología de la enseñanza de la Historia. Su estadía en Buenos Aires impulsó el intercambio académico de publicaciones y la invitación de profesores españoles a la UBA (LEDEZMA MARTINEZ, 2013: 237). En Uruguay fue recibido por José Enrique Rodó, con quien mantenía vinculación, en tanto Altamira prologó la tercera edición de *Ariel* por una editorial de Barcelona en 1926 e intercambiaron correspondencia (PELOSI, 2008: 81)

En España, Altamira era el responsable del Seminario de Metodología de la Historia en el Centro de Estudios Históricos, y de la Cátedra de Historia de las Instituciones Civiles y Políticas de América en la Universidad de Madrid, entre 1914 y 1936. Allí fomentó los estudios americanistas entre sus alumnos, entre los cuales había españoles, norteamericanos y también latinoamericanos, resultando prolífica en monografías y tesis doctorales americanistas (LEDEZMA MARTINEZ, 2013: 52).

La publicación en diarios americanos por parte de los autores españoles fue asidua, por ejemplo, Maeztu publicó artículos en La Prensa (FLORES, 1999: 313) y Unamuno se desempeñó como columnista del diario La Nación. Unamuno, por su parte, colaboró en la Revista de Letras y Ciencias Sociales de Tucumán, editada entre 1904 y 1907, que convocaba a escritores americanos y españoles (VALDEZ, 1998: 449) Interesado en la literatura hispanoamericana, escribió artículos de crítica de la misma, y mantuvo lazos estrechos con escritores americanos, a través de correspondencia (COLOMBI, 2008: 355).

Sostiene Devés Valdés (2007: 42), que la labor de Miguel de Unamuno favoreció la difusión en España de intelectuales latinoamericanos, a través de contactos por medio de intercambio de correspondencia y difusión de obras literarias. La correspondencia de Unamuno publicada deja entrever que el español mantenía contactos con escritores americanos como Rubén Darío, Rufino Blanco Fombona, Pedro Emilio Coll, Ricardo Rojas, Alcides Arguedas, José Santos Chocano, Manuel Gálvez, Luis Ross Mugica, Amado Nervo, Carlos Vaz Ferreira, José Enrique Rodó y otros (DEVES VALDES, 2007: 44).

Devés Valdés menciona que Intelectuales latinoamericanos tales como Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Rufino Blanco Bombona, Alfonso Reyes, Alcides Arguedas (Devés Valdés 2007: 42) viajaron a España, y paralelamente, españoles como Valle Inclán, Maeztu, Blasco Ibáñez, Altamira entre otros, viajaron y permanecieron un tiempo más o menos extenso en algunos países de América Latina (2007: 43).

La movilidad de intelectuales entre ambos continentes constituyó entonces una puerta para las estadías de Ugarte en España. La inserción de Manuel Ugarte en las redes de intelectuales españoles fue gracias a la articulación previa de una red trans -continental entre modernistas americanos e hispanoamericanistas españoles. Siguiendo lo expuesto por Carlos Rama (1982:15), la confluencia de ambos movimientos, el hispanoamericanismo español y el modernismo americano, se produjo a partir del segundo viaje de Rubén Darío a España, y el reconocimiento de autores españoles tales como Altamira y Unamuno en América. En sintonía, Devés Valdés (2007: 42), indica que Darío y sobre todo Unamuno, fueron piezas claves para la articulación de una red de

contactos entre españoles y americanos con intereses confluentes en la coyuntura trabajada.

En síntesis, los autores españoles seleccionados para este trabajo, Rafael Altamira, Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno, manifestaron un claro interés americanista en el seno del movimiento hispanoamericano español. El movimiento mencionado tendió redes de conexiones intelectuales en espacios universitarios, objetivo hacia el cual se orientó la iniciativa de Altamira. Las colaboraciones de Unamuno y Maeztu en la prensa de países latinoamericanos y los trabajos de crítica literaria hispanoamericana, permiten entrever las redes de intercambios entre América y España, en el marco de la renovación de las relaciones culturales, en aras, como se ha dicho, del objetivo de recomponer la comunidad española americana, tras la decadencia del Imperio español y su caída definitiva en 1898.

La movilidad de intelectuales y los intercambios que circulaban entre América y España, estaba sustentada en la confluencia entre los intelectuales de la generación del 98 y del modernismo americano, en torno a aquellos que fueron referentes de dicha confluencia como Miguel de Unamuno y Rubén Darío. En esta red que estos intelectuales comenzaron a tejer, Manuel Ugarte contó con un respaldo para su inserción en España.

Recapitulando, se aprecia la existencia de contactos entre Manuel Ugarte y Miguel de Unamuno, hacia principios del siglo XX, basados en la información brindada por las fuentes disponibles. Ugarte publicó artículos en revistas hispanoamericanistas españolas y ofreció conferencias en España en academias y ayuntamientos.

Las conexiones señaladas quedaron comprendidas dentro de redes más amplias, integradas por intelectuales españoles y americanos, trazada gracias a una predisposición por recuperar los vínculos entendidos como culturales. Las redes hispanoamericanistas estaban conformadas por asociaciones y casas de estudios privadas y oficiales, cuyo propósito era fomentar los vínculos de tipo cultural, en torno a la búsqueda de rearticular la comunidad española -americana, construida en un contexto de expansión de Estados

Unidos y de caída definitiva del Imperio español. Este trazado de redes se encontró beneficiado por la merma del recelo anti español en América, y fomentado a partir de la preocupación de la intelectualidad española por recuperar sus vínculos con América dada su relevancia para lo que se entendía como el objetivo principal de “regenerar” la nación española.

En el caso de Altamira, emprendió esfuerzos por articularla en el ámbito académico. Los autores asumieron un interés americanista, realizaron viajes, se dedicaban tanto a la crítica literaria así como realizaron colaboraciones con la prensa y /o mantenían contactos con intelectuales americanos modernistas.

En las mencionadas redes también participaron los autores españoles seleccionados en este trabajo, habiendo Unamuno posibilitado trazar la red de intelectuales española- americana que conectaba a intelectuales de la Generación del 98 y del modernismo.

En líneas generales, estimamos que se puede afirmar que Manuel Ugarte y los intelectuales españoles trabajados formaban parte de redes intelectuales extendidas, para fines del siglo XIX y principios del siglo XX, entre España y Latinoamérica por impulso de la labor hispanoamericanista de los círculos intelectuales españoles, y el interés demostrado por los modernistas americanos, como el punto de partida de los contactos entre Unamuno y Darío como plataforma para el tendido de las redes transnacionales.

III

LA MIRADA UGARTENA SOBRE ESPAÑA EN LA CONQUISTA Y COLONIZACIÓN DE AMÉRICA

En el presente capítulo se analiza la configuración de España en la obra de Manuel Ugarte, atendiendo a su interpretación de la conquista y colonización españolas en América. También interesa indagar la influencia que tuvo, en la construcción del autor, la historiografía española que se encargó de refutar la leyenda negra, extendiéndola a la imagen del país ibérico. Para ello se buscan conexiones con la lectura del proceso de conquista y colonización presentada por los autores españoles seleccionados

Configuración de España en tensión

Manuel Ugarte se acercó en sus ensayos a una lectura historiográfica exponiendo sus interpretaciones acerca de los procesos de la conquista y la colonización española en América, así como también, veremos en otro capítulo, una interpretación sobre el proceso de las independencias americanas. En ellas el autor desplegó su percepción sobre España y es posible indagar la imagen que configura de aquella nación.

Ugarte desarrolló su lectura sobre la conquista y colonización española en los primeros apartados de la obra *El porvenir de América latina* (1910), titulados, “El descubrimiento”, “Los indios” y “Los españoles”. El autor afirmó que el proceso de conquista y colonización española significó el “crimen más deleznable que recuerda la historia” (Ugarte, 1953: 6) ya que “Ninguna usurpación ha revestido caracteres más

brutales que la conquista de América” (Ugarte, 1953: 4). Responsabilizó a los conquistadores españoles por la brutalidad y la violencia perpetrados durante el proceso de conquista, ya que los mismos “llegaban (...) adiestrados para la violencia y el exterminio.” (Ugarte, 1953: 5). En la siguiente cita podemos ver la caracterización de la figura de los conquistadores y encomenderos españoles y lo que Ugarte consideró como posible explicación de su conducta en América. En líneas generales, el conquistador español en América se dejó llevar por las posibilidades de fácil fortuna abandonando sus responsabilidades:

“abandonaban las tareas de instrucción, la industria y el bienestar común de los vasallos, sin la noción clara de sus responsabilidades, engreído por una fortuna excepcional bajo un clima propicio a todos los abandonos, se dejó ganar por la incuria y renunció al avance, estableciendo así un trípode y escalonando en la historia, como montañas enormes, su orgullo, su valor y su pereza olímpica” (Ugarte, 1953: 9)

De esta forma, ubicó la explicación del proceso de conquista española en América en el plano de lo conductual, ateniendo al comportamiento de las personas involucradas en el mismo. La explicación del desastre que significó la conquista por su grado de violencia estaría dada por la naturaleza humana, en lugar de responder a un plan sistemático. En su argumentación se encuentra un intento por relativizar la figura del conquistador español, operación que se puede apreciar cuando aclaró que “el español, considerado dentro de aquel siglo, no era ni más egoísta ni más cruel que los portugueses o los holandeses” (Ugarte, 1953: 8). Con similar propósito, entendió que los conquistadores fueron: “Hijos de un siglo que dignificaba la matanza” (Ugarte, 1953: 5) diluyendo la responsabilidad atribuida al conquistador en el marco general de una época donde imperaba la violencia. Operaciones similares a esta se encuentran, como veremos

más adelante, en la revisión, realizada por autores españoles, de la leyenda negra acerca de la conquista y civilización de América.

Paralelamente a su percepción de la conquista como un hecho brutal, Ugarte calificó al “descubrimiento” de América como “la más noble victoria del espíritu humano” (Ugarte, 1953: 2), o, en la misma línea, como “la empresa más heroica que acometió jamás raza alguna” (Ugarte, 1953: 5). Valorizó positivamente el emprendimiento de la conquista y colonización, a pesar de la carga negativa de la violencia, que, aún reconociéndola, intentó relativizar en aras de destacar el valor positivo de la conquista. Se hace manifiesta, de esta manera, la tensión sobre la cual Ugarte construyó la figura de España en su obra.

Desde su punto de vista: “(...) las manchas de la conquista no son las de una nación, son las de un siglo, porque España solo era en aquel instante el reflejo más glorioso y más alto del estado social de un Continente” (Ugarte, 1953:5). El autor trató de preservar la figura de la nación española, ubicando a España en el marco de un proceso de colonización de Asia y África en el que también participaron las demás potencias europeas. Así, intentó resguardar la figura de España de toda impronta exclusiva de violencia, repartiendo la carga de los crímenes de la conquista con el resto del continente europeo, ya que estimaba que la conquista española no había sido, en ese sentido, muy diferente a las llevadas a cabo por otros países europeos en otros continentes.

Retomando lo hasta aquí expuesto, el autor reconoció los crímenes y brutalidades cometidos por los conquistadores españoles en América, en consonancia con la imagen negativa difundida en base a la leyenda negra, la cual los exponía y enjuiciaba negativamente. Sin embargo, depositó en los conquistadores toda la responsabilidad de la brutalidad, en lugar de imputar a la Corona o la nación española. Entendió que, a pesar de todas las cargas negativas, la conquista española de América representó un alto emprendimiento de la raza. Enalteció la obra del descubrimiento y conquista de América, pero sin negar su carácter brutal, por lo que su caracterización de ese proceso fue

ambivalente: por un lado, percibió catástrofes y crímenes, pero, por otra parte, la apreció como una iniciativa que, según sus palabras, engrandeció la raza.

El autor procuró preservar la imagen de España y despojarla de su carga negativa porque, en su argumentación, “lo español”¹⁵ se encontró en la raíz de las costumbres, idioma, caracteres comunes en América Latina. Lo español está en la base de la configuración identitaria que él mismo construyó sobre América, ya que rescató elementos de ese origen, que habían sido relegados en tanto percibidos como objeto a ser erradicado de América. Ugarte lo rescató para pensar la identidad americana –lo que se verá en el siguiente capítulo-, y para convertir lo español en un legado digno de ser recuperado y encumbrado. Pero primero debía despejar la imagen negativa de España y los imaginarios construidos en torno a ella a partir de la leyenda negra, cuyo eje radicó en la crítica al proceso de conquista y colonización española de nuestro continente, por eso, se estima, atendió a dichos procesos. Parece haber centrado su interés en ellos, sin profundizar en el estudio del periodo colonial.

En síntesis, la caracterización ugarteana de España osciló entre la imagen de una España brutal y de una España civilizadora. La percepción de España se tensionó entre esas dos caracterizaciones, que conviven en la construcción ugarteana de una imagen sobre dicho país. Esta última se plasmó en la lectura sobre el periodo de conquista y colonización, para la cual utilizó, según se estima, recursos propios de la revisión de la leyenda negra.

¹⁵ Las dimensiones que componen “lo español” están referidas a elementos como el carácter, orden social, tradición y territorio, idioma, costumbres, entre otros, legados de España. Pueden comprender también el territorio y la tradición: “Castilla nos entregó el territorio (...) nos dio una tradición gloriosa, y puso en nosotros ímpetu y el desprecio a la muerte que inmortalizó a sus soldados” (UGARTE: 1953: 10-11) e incluso el carácter: “Del español ha heredado nuestro gaucho la llaneza y el amor propio, del español sacamos la virtud de la hospitalidad, el horror a la hipocresía y hasta la abundancia verbosa y grandilocuente” (UGARTE: 1953: 12).

La revisión de la leyenda negra

El relato historiográfico conocido con el nombre de “leyenda negra” ofició como la base de una percepción negativa de la figura de España, y condicionó las configuraciones sobre dicha nación en los países latinoamericanos y en el resto del mundo. La leyenda negra tenía origen, explica Sepúlveda, en imaginarios conformados en el mundo anglosajón y también tenía raíz en la relación escrita de 1552 por Bartolomé De las Casas titulada *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, texto que disparó toda una corriente de interpretación del hecho colonial español en nuestro continente; plataforma de la imagen brutal de la conquista y colonización de América. El núcleo de la leyenda negra se refería al trato y brutalidad de la conquista y el sistema colonial impuesto por los españoles. La imagen negativa se extendió al carácter español y al conjunto de la nación española, reflejado en la imagen de los conquistadores como seres brutales y en la imagen de España como despótica y tirana e impregnada de un fanatismo religioso (SEPÚLVEDA, 2005: 236).

La Leyenda negra recrudeció durante el periodo en que se desató la guerra del 98, cuyo impacto favoreció la vigencia de las percepciones e imágenes negativas respecto a España como país atrasado, pre- moderno, violento. Siguiendo a Neila Hernández (2008), la campaña de propaganda que tuvo lugar en el interior de los Estados Unidos, con el fin de legitimar la intervención norteamericana en el conflicto cubano- español, y estuvo orientada a presentar a España como expoliadora de América, como una nación atrasada que estaba apoderada por el fanatismo religioso, expresado en la inquisición. La guerra española contra los independentistas cubanos y los campos de concentración que construyeron los militares ibéricos hicieron que la leyenda negra tomara un nuevo impulso, fomentado por la difusión en la prensa estadounidense de una propaganda anti española y pro independentista cubana.

En definitiva, Estados Unidos promovió la opinión pública en torno al conflicto cubano presentándolo como una lucha contra el colonialismo español y la defensa de la

causa emancipatoria del pueblo cubano del yugo colonial. Este tipo de propaganda contribuyó a la difusión de una imagen negativa de España, ya que el conflicto cubano, previo a su desenlace, resucitó aquella imagen de España que América Latina había forjado en el periodo post- independencias. Tras la derrota española frente a Estados Unidos, la posibilidad de dar respuesta a su crisis finisecular impuso la necesidad de desarmar la imagen negativa que imperaba sobre España. La revisión de la leyenda negra no era nueva, tenía antecedentes en Rafael María de Labra, Julián Juderías, Marcelino Menéndez Pelayo, pero cobró impulso después del 98.

La propuesta de la “regeneración” de la nación española a través del reforzamiento de su vínculo con América, obligó a los intelectuales españoles a volver sobre el periodo colonial y configurar una imagen contraria a la difundida sobre España. Siguiendo a Sepúlveda, la producción historiográfica constituyó un instrumento para los fines “regeneracionistas” que se proponían los intelectuales de la generación del 98, encomendando en los estudios históricos la búsqueda de la fuente de su identidad española y de la comunidad española – americana, tanto como se orientó a la desarticulación y refutación de su imagen negativa. Se fomentó la revisión del pasado a través de iniciativas como la construcción del Archivo de Indias, el Centro de Estudios Americanos de Sevilla y celebración en Sevilla del Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericana. Se enfocaron en el estudio de las leyes de indias y revisaron las causas de las independencias americanas.

Cobró centralidad el estudio de los siglos coloniales, ya que estaban interesados en recuperar la idea de comunidad española americana, y para la construcción de dicha comunidad, se propusieron indagar en el origen de la misma. Su base estaba, entendieron los intelectuales españoles, en la conquista y colonización del continente americano. A partir de ello, articularon un relato de los siglos coloniales a través de una propagandística que podía tener mayor o menor apego a un trabajo historiográfico formal. El objetivo fue refutar la imagen de una España oscurantista y explotadora en la conquista y colonización

de América y presentar un nuevo relato acerca de ese periodo que presentara una percepción positiva de España.

Los hispanoamericanistas españoles resaltaron la labor civilizadora de España en América, a través de la conquista y colonización, presentando el hecho colonial como civilizador. Es relevante aclarar que los siglos coloniales se representaban como el corazón de la grandeza del Imperio Español. Frente a la España de su tiempo, que juzgaron atrasada; los autores oponen la grandeza imperial y su valor para la humanidad. Lo mismo, entendemos, le servía para desarticular la imagen de lo español como un lastre en las sociedades americanas, percepción de las elites decimonónicas sobre el legado hispano. Se estableció entonces como estrategia para desarticular la extendida visión negativa de ese país, juzgada como el principal obstáculo al acercamiento con nuestro continente.

Estos grupos intelectuales resaltaron fundamentalmente las Leyes de Indias como valiosas por su función protectora de los indígenas americanos, para así demostrar las bondades del sistema colonial, pero a la vez admitiendo la dificultad para implementar el mencionado conjunto de leyes. Esto les permitió hacer una salvedad y argumentar que los abusos y la violencia, lejos de ser responsabilidad de España y la Corona, recaían en la debilidad de la naturaleza humana, encarnada en la figura de los conquistadores españoles en América en tiempos de la colonización del territorio, a la par que aquellos llegaban a ser elevados al nivel de héroes de gesta. Esto último, junto con la evangelización de América -que fue otro punto de apoyo de la refutación de la leyenda negra- se convirtió, según Sepúlveda, en uno de pilares centrales de la “leyenda blanca”, la que tenía un cariz mayormente propagandístico y se centraba en destacar la labor evangelizadora de la Iglesia católica a través de España, solo intermediario (SEPÚLVEDA, 2005: 234).

Los autores seleccionados en el presente trabajo se enmarcaron en la búsqueda de construir una imagen de España recuperando los siglos coloniales presentándolos como civilizadores para América. Siguiendo a Sepúlveda (1990), Altamira desarrolló lo que él

mismo llamó “propaganda de rectificación histórica colonial”. Esta labor la plasmó en obras como la titulada *Elementos de la civilización y el carácter españoles* (1904), en la cual afirmó que España civilizó América en el proceso de conquista y colonización. Por su parte, Maeztu en “La conquista de América” (1932) también enalteció lo que concibió como la obra civilizadora de España: “No hay en la historia universal obra comparable a la realizada por España. Hemos incorporado a la civilización cristiana a todas las razas que estuvieron bajo nuestra influencia” (MAEZTU, 1948: 283). Este autor además trató la cuestión de la brutalidad atribuida a los encomenderos y conquistadores, argumentando que “no obstante su codicia natural de aventureros, se convirtieron realmente en misioneros, puesto que a la caída de la tarde reunían a los indios bajo la Cruz del pueblo y les adoctrinaban” (MAEZTU, 1948: 286). Reconoció la brutalidad de los españoles en el proceso de conquista y, paralelamente, les atribuyó una tarea evangelizadora que destacó para relativizar el carácter brutal normalmente atribuido al conquistador español. Esta última operación que consistió en relativizar la crueldad de los conquistadores también se encuentra en las argumentaciones de Ugarte.

Maeztu, con el interés de valorizar la colonización española, comparó el sistema de colonización español con el de Inglaterra en la India, recurso que también fue utilizado por Ugarte. El autor español afirmó al respecto: “en la India faltó a la obra misionera el apoyo de un gobierno como el español. La obra del gobierno inglés tuvo un carácter mercantil y liberal” (MAEZTU, 1948: 300). La colonización española, según este autor, fue más valiosa que la inglesa, ya que, mientras que esta última persiguió un mero interés económico, la española tuvo un fin catequizador. Continuando con el desarrollo de la comparación que realiza el autor, en la cita siguiente recuperó la importancia de la evangelización en América como empresa de relevancia, e intenta exponerlo como una cualidad a destacar en el sistema español, en tanto el fin evangelizador que persiguió, como un atributo que diferenció al sistema colonial español:

“(…) la diferencia entre nuestro método, que postula que los demás pueblos pueden y deben ser como nosotros, y el inglés de libertad, que a primera vista parece generoso, pero que en realidad se funda en el absoluto desprecio del pueblo dominador al dominado, puesto que las razas superiores abandonan a las inferiores a su salacidad (sic) y propensiones naturales, ya que suponen que de ninguna manera han de poder salvarse” (MAEZTU, 1948: 300).

Unamuno en su artículo titulado “Por el estado de la cultura. Clasismo de Estado y romanticismo de la región” (1908) sugirió también que la colonización española fue el emprendimiento más relevante para la historia universal: “No han pasado en vano esos cuatro siglos, los más fecundos acaso de la historia moderna. (...) y fue la obra del descubrimiento, conquista y colonización de América, la más grande obra del pueblo castellano” (DE UNAMUNO, 1908: párr.7). En línea con lo anterior, en la interpretación de Unamuno se encuentra la valoración de la conquista y colonización como la más relevante obra de España que resultara su principal contribución a la humanidad:

“La obra castellana del descubrimiento, conquista y civilización del Nuevo Mundo; la más grande contribución de España a la labor del humano linaje, trasladó la majestad del Mediterráneo al Atlántico e hizo la hegemonía de Castilla. Y si España se desangró y empobreció por ella, fue para dar vida a toda una familia de naciones, que tienen por sangre espiritual el habla castellana” (DE UNAMUNO, 1908: párr.8).

En síntesis, observamos coincidencias entre los comentarios de los autores españoles y la interpretación ugarateana. De nuestro análisis podemos desprender que

Ugarte se sirvió de recursos similares a los usados por los autores españoles seleccionados en este trabajo. Su propósito, se estima, era matizar la imagen de España, de modo tal que la representación de la misma permita ver de ella una tradición cultural valiosa para recuperar en América.

Recapitulando, estimamos que la ensayística de Ugarte pudo tomar elementos de la revisión de la leyenda negra para su caracterización de la figura de España, en tanto apeló a recursos similares a aquella para caracterizar positivamente la figura de España y su obra en América. No referimos a dos recursos: por un lado, presentar la colonización como fenómeno civilizatorio o de importancia universal y, por otro lado, una caracterización similar de la figura del conquistador español. La lectura de Ugarte trató de resguardar la imagen de España o de la nación española, despojándola de las responsabilidades por los crímenes de la colonización y depositando las mismas en los conquistadores. Sin embargo, no puede decirse que cayera en la leyenda blanca acerca de las bondades del sistema colonial, como en el caso de los autores españoles. En el argentino las leyes de indias no le interesaron, así como tampoco la evangelización. Tampoco puede aseverarse que su recuperación de lo español sea del mismo tenor que la de los historiadores hispanistas antiliberales.¹⁶

La figura de España en la obra de Manuel Ugarte, osciló entre la caracterización de una España civilizadora y una España violenta y cruel. Esa figura se construyó en la ensayística del argentino sobre una tensión entre ambas caracterizaciones, y a la vez, tomó elementos de la revisión de la leyenda negra, si bien no directamente de los autores españoles seleccionados -porque el texto de Maeztu es posterior a los escritos de Ugarte-, sí se enmarca en una tradición historiográfica española de rectificación de la leyenda negra, de modo que Ugarte compartió ese mismo registro con los otros autores elegidos. Se observa en Ugarte un interés por desestructurar la leyenda negra que condicionó la

¹⁶ Como destaca Merbilhaá, no acompañó la tendencia que asumió en general la reivindicación de lo español en Argentina, orientada a visiones conservadoras y tradicionalistas (MERBILHAÁ, 2009: 206)

percepción de España por parte de los países americanos. Ugarte y la generación del 98 realizaron en sus producciones una revisión de la leyenda negra, cuyos antecedentes eran anteriores a la Guerra del 98, pero que sin duda este episodio contribuyó a impulsar nuevamente. Queda abierta la pregunta por la circulación de la revisión de la leyenda negra entre los autores españoles y americanos.

A los españoles les sirvió para presentarse ante América como civilizadores opuestos a la imagen imperante que los tenía por retrógrados y brutales. Tengamos en cuenta que para los españoles, el pasado en común se vuelve una herramienta para fomentar el acercamiento español americano, a través de una valoración positiva de la colonización española en América, en tanto obra civilizadora que se erigió como una contribución española a la humanidad, en el marco de la dimensión americanista de su proyecto regeneracionista.

Por su parte, Ugarte no estaba interesado en salvar el prestigio internacional de España o incluso fomentar un acercamiento español – americano, -aunque sí lo intentó, veremos más adelante- tanto como para legitimar la recuperación de la figura de España como referente identitario para Latinoamérica como un todo homogéneo. Si bien a Ugarte también le interesó rebatir la leyenda negra, en tanto su intención de recuperar lo español, su rectificación histórica persiguió el fin de rescatar el legado de España como valioso, ya que consideraba que la identidad americana estaba arraigada en los siglos coloniales. Esto se profundizará en el siguiente capítulo.

Manuel Ugarte construyó entonces la imagen de España en torno a una tensión entre dos caras opuestas, evidenciada en su lectura de la conquista y colonización de América. Entendemos que la configuración de la imagen española se entramó en base a un intento de matizar la imagen negativa de España ligada a la leyenda negra. El argentino se sirvió de recursos propios de la corriente historiográfica que, tras la guerra del 98, estuvo dedicada a desarmar la leyenda negra para preservar la imagen de España y poder revalorizar su legado como valioso para recuperar a América como parte de su propia épica histórica. Ugarte compartió ese registro con los autores españoles desarrollados

pero de modo sólo funcional y en virtud de intereses propios. Por otra parte, las conexiones entre los autores se observan en los recursos utilizados para presentar la imagen relativizada del conquistador español en América y la relevancia universal de la conquista como civilizadora del continente.

IV

LEGADO ESPAÑOL EN AMÉRICA

En este capítulo se trabaja la configuración identitaria ugarteana, estructurada en torno al legado español, fundamentalmente el legado latino heredado de aquel país, lo que da por resultado la configuración de dos espacios culturales dentro del continente americano basados en la dicotomía sajón – latino.

Se trazan conexiones con los autores españoles elegidos a fines de explorar la percepción de una identidad latina por parte de los autores pertenecientes a la generación del 98 española, y explorar la circulación de la idea de latinidad, siendo originalmente una noción de origen francés.

La latinidad como legado español para configurar una identidad americana

En el presente apartado se analiza la configuración de una raza de síntesis latina que, en el discurso de Ugarte, funciona como articuladora de la identidad latinoamericana. Esta última, en la construcción ugarteana, gira alrededor del legado español en América, fundamentalmente del legado cultural latino. La caracterización identitaria que construye el discurso de Ugarte para América latina se articuló en torno a “lo español”, ya que el autor encontró en aquellos elementos identitarios heredados de España lo constitutivo y distintivo de lo que llamó “Nación Latinoamericana”. Esta última engloba a todas las repúblicas del continente y es preexistente a ellas, ya que tiene origen en tiempos de la colonia española. Como vimos en el capítulo anterior, de cierta manera

reivindicó la conquista y colonización española de los territorios americanos. Recuperó el pasado colonial como valioso, dado que allí identificó el origen de la Nación Latinoamericana y de su unidad cultural. El autor necesitó legitimar la figura de España, para que funcionara como referente identitario¹⁷ para América. A través de España configuró una identidad que le permitió articular a los países al sur de Estados Unidos como un conjunto integrado. Según el autor, la historia, el origen, idioma y tradiciones compartidos por todos los países de Latinoamérica los ligan en una identidad en común, cuyo origen se remonta a la colonización española y al mestizaje español- indígena¹⁸.

Siguiendo lo planteado por C. Maíz (2003) Ugarte reformuló la nacionalidad abarcando un amplio territorio, que excede a cada una de las Repúblicas latinoamericanas, lo que le obligó a configurar una nueva identidad que condensara y concediera alguna suerte de uniformidad al conjunto de países y a la diversidad presente en el continente americano al sur del Río Bravo. De esta forma, pudo otorgar cohesión a la “nacionalidad superior”, sirviéndose del legado español como instrumento que le permitió redefinir la nacionalidad ampliada a nivel continental. En su reflexión sobre lo identitario, Ugarte recuperó lo español como lo singular y distintivo de nuestros países, ya que le servía para englobarlos en un conjunto articulado, por lo menos histórica y culturalmente, ante el panorama de disgregación territorial. Su objetivo era cimentar una identidad común a todos los países de América latina, que contribuyera a fundar su proyecto de integración continental, buscó la identidad e historia comunes y en ese plano incorporó lo español; como señala Terán (1986), el antiimperialismo propuso una idea de una unidad americana integrada alrededor de esencias.

Siguiendo a Maíz (2003), Ugarte entendió que la nacionalidad hispanoamericana se materializaría en la constitución de una raza¹⁹ de síntesis latina. Esta raza era la “raza del

¹⁷ Ledezma Martínez (2013) utiliza la expresión “referente cultural”.

¹⁸ Siguiendo lo planteado por Saavedra Inaraja (2013), Ugarte incluyó a Brasil en su proyecto integrador, a pesar de las diferencias de origen e historia que pudieran destacarse respecto a los demás países de América Latina, ya que el argentino atendió al presente y futuro en base a intereses comunes entre hispanos y lusos.

¹⁹ La raza en Ugarte se entiende no desde lo biológico, sino desde lo histórico-cultural (MAIZ: 2003: 237)

porvenir”, que Ugarte concebía que estaba en proceso de constitución y en continuo desarrollo, y cuyo resultado será una síntesis que incluirá diversos componentes de la sociedad americana²⁰. Dicha raza de síntesis integrará toda la diversidad presente en América Latina, vertebrada en torno a “lo español” presente en América. Lejos de pretender suprimir la pluralidad americana y hegemonizarla bajo una impronta española, se propuso articularla (MAIZ, 2003: 238).

La noción de raza, redefinida en términos culturales, favoreció la valorización del mestizaje para la identidad y la integración. Encontró en el mestizaje español- indígena el origen de la identidad de nuestra porción del continente. Depositó en el mestizaje, como se ha visto, la posibilidad de otorgar cohesión a la Nación latinoamericana, dado que la raza del Porvenir funcionará, en un futuro, como instancia integradora de la misma (MAIZ, 2003: 242).

Si bien, la construcción identitaria de Ugarte tomó en cuenta lo indígena²¹ para pensar lo propiamente americano, la recuperación que hizo de lo español fue muy destacada. Ugarte propuso la unidad subcontinental para reconstituir el territorio de las antiguas colonias españolas, y para ese fin, recuperó el legado cultural hispánico presente en América, superando los prejuicios previos que aborrecían todo lo español y lo percibían como un lastre que impedía el progreso. Intentó demostrar el valor positivo de lo español y su estimable aporte en América. El legado cultural español se configura en el pensamiento de Ugarte como rescatable, en tanto medio para la reafirmación identitaria de América latina. Enfatizó este último elemento a la hora de reflexionar sobre la identidad latinoamericana, porque través de este podía recuperar la tradición latina, como sentenció en *El destino de un continente* (1923): “Nuestra América, hispana por el origen, es esencialmente latina.” (UGARTE, 1923: 393). El autor estaba interesado en recuperar la

²⁰ En el libro *El porvenir de América Latina* (1910) Ugarte presentó las diferentes razas para él presentes en América, en el siguiente orden: indios, españoles, mestizos, negros, mulatos, variante portuguesa, criollos, inmigrantes, y por último la raza del porvenir (MAIZ, 2003: 241).

²¹ Dedicó un apartado a lo indígena en *El Porvenir de América latina* (1910), titulado “Los indios”, en el cual destacó que el indígena debe ser admitido como componente de la raza del Porvenir.

cultura latina; a través de la reivindicación del legado hispano, pudo adscribir a nuestra porción continental en el marco de la latinidad.

Habiendo Ugarte considerado que la cultura latina se extendió en nuestro continente a partir de la colonización española, Altamira, en *Los elementos de la Civilización y el carácter españoles* (1904), caracterizó a España como heredera de la civilización latina en Europa y también como civilizadora de América por medio de su colonización. A juicio del español, las mencionadas características se encuentran entre las aportaciones de España a la humanidad: la “Cultura latina/ clásica (en Europa)” (ALTAMIRA, 1950: 277) “Colonizó y civilizó a toda América” (ALTAMIRA, 1950: 278). La mencionada lista de aportes se realizó en el marco de su intención regeneracionista, en donde la revisión histórica del autor español estuvo orientada al conocimiento y la difusión del valor de la cultura española en el mundo (RIVERO RODRIGUEZ, 2004: 174).

Altamira incluyó a España como parte de la civilización latina, expresándolo en el apartado “Latinos y Sajones” de su obra *Cuestiones Hispanoamericanas* (1900): “(...) tradición latina (...) a la que pertenecemos” (ALTAMIRA, 1900a: 66). Altamira justificó dicha adscripción a la raza latina en *Los elementos de la Civilización y el carácter españoles* (1904), atribuyéndolo a “la extensión de la cultura latina por la profunda romanización de una gran parte de los habitantes peninsulares” (ALTAMIRA, 1950: 277). Remarcó el valor de España como perpetuadora de la cultura clásica, ya que ese país se convirtió en heredero de la civilización latina, por ende, de la cultura clásica, y la mantiene en el continente europeo después de la caída del Imperio Romano: “después de la caída del Imperio Romano de Occidente, España recogió, en mayor escala que las otras provincias de aquel, la cultura clásica y contribuyó así a salvar su tradición en Europa” (ALTAMIRA, 1950: 277). Altamira postuló que España recibió la herencia cultural latina mediante la romanización de la Península, que tuvo por resultado, como señala Rivero Rodríguez (2004:179) un sustrato que originó los caracteres que conforman lo español.

De esta forma, Altamira se inscribió dentro de la tradición cultural latina, en el marco de la oposición sajón -latino en el continente europeo, lo que se corresponde con la

visión de Ugarte de una España dentro del espacio cultural latino. La latinidad fue una construcción de origen francés, con el propósito de erigirse como rectores de la misma y posteriormente tomada en América y en España tras la irrupción de los Estados Unidos y su victoria en la Guerra del 98 (COLOMBI, 2004: 98). Tras este episodio, en *El triunfo de Calibán*, Rubén Darío identificó a España “como la hija de Roma, la hermana de Francia, la madre de América” construyendo una genealogía en la cual España es parte de un orden cultural más amplio, el latino (BECERRA, 1999: 104).

En síntesis, los autores españoles y el argentino, se auto-percibieron como parte del espacio cultural latino. Probablemente, a través de otros intermediarios, como se verá más adelante, la idea de latinidad, de origen francés, circuló entre estos intelectuales.

La oposición Nación latinoamericana -Estados Unidos bajo la forma de oposición latino – sajona

Ugarte, a partir del legado latino heredado de España, configuró dos espacios culturales a nivel continental. Denunció el avance de Estados Unidos en la región, reconociendo a ese país como un foco de amenaza para América latina. Estados Unidos representaba para el autor un peligro, una fuerza imparable, una “frontera en movimiento”, en tanto su expansión progresiva hacia América latina. Ugarte entendió posteriormente que el Canal de Panamá le permitió a Estados Unidos controlar el comercio de la región del Caribe, y consolidar su hegemonía allí, y continuar su avance hacia el resto del continente (UGARTE, 2014: 33-34).

El autor advirtió que Estados Unidos era el nuevo conquistador, después de España. La producción del autor introdujo el concepto de neocolonialismo, señalando la nueva forma o mecanismo de subordinación. En la perspectiva de Ugarte, la novedad de este nuevo colonialismo radicó en que supo desplegar una estrategia que le permitió disponer de las riquezas de otros países, sin necesidad de los gastos y la logística que

conlleva la administración de un territorio. La misma queda a cargo de los gobiernos locales -elites aliadas a la dirigencia estadounidense- cuyo poder resulta ilusorio, en tanto permanecen bajo la tutela del país del norte, que mediante intervenciones o empréstitos, sitúan bajo su directa influencia a estos gobiernos, devenidos en meros intermediarios del gobierno de Estados Unidos.

La potencia sostenía su influencia en otros países a través de intervenciones directas, arrogándose un derecho y deber de tutela o de “restablecer el orden” en los mismos. Bajo esta supuesta tutela, se camuflaban los reales intereses imperiales de Estados Unidos, por lo que el autor denunció la existencia de una “doble moral”, dado que los valores de justicia y libertad que el país del norte encumbraba, carecían de vigencia para los países de América Latina. El imperialismo, aunque disfrazado bajo una misión civilizadora, no resulta sino, en palabras del autor, expresión de la “injusticia y la opresión”. Identificó las presiones comerciales y militares infligidas por Estados Unidos a los países de América Latina e indicó la existencia de un modelo basado en la exportación de productos primarios y en la importación de manufacturas, que solamente favorecía a las elites locales exportadoras de materias primas.

Ugarte denunció el avance de Estados Unidos en la región, reconociendo a ese país como un foco de amenaza para América latina. Estados Unidos representaba para el autor un peligro, una fuerza imparable, una “frontera en movimiento”, en tanto su expansión progresiva hacia América latina, la que no parecía, sin embargo, tener intenciones de discontinuarse²². Como estrategia en ese panorama, la unión de nuestros países será la respuesta defensiva ante las agresiones, injerencias y mecanismos de sometimiento; se trataría de una unidad defensiva, y propuso estrategias para instrumentarla. Ugarte planteó, como réplica a la opresión imperialista, la maniobra de la unidad continental, apelando a la solidaridad en el común interés por frenar las injerencias de Estados Unidos.

²² En un viaje a EEUU, que realizó el autor en el año 1900 advirtió que ese país no reconocía límites a su expansión territorial en el continente americano.

Ugarte señaló que los localismos operados luego de las independencias, quebrantaron la patria común que era la “Nación Latinoamericana”. Esta se encuentra desestructurada, ya que al desmigajamiento le siguió el aislamiento, la incomunicación, continuos enfrentamientos y conflictos diplomáticos, y la falta de visión integral del continente, situación que mantiene la desigualdad entre la América latina respecto a la anglosajona.

En la obra *El porvenir de América latina* (1910), el autor postuló la demarcación de dos espacios continentales en el apartado “Las dos Américas”, en el cual caracterizó ambos espacios como culturas férreamente opuestas, existiendo entre ellas una “(...) antinomia histórica; todo tiende a alejar a los latinos de los anglosajones y todo concurre al mismo tiempo a hacer que estos últimos influyan de una manera preponderante sobre los primeros” (UGARTE, 1953: 52). La relación entre ambas porciones estaba regida sobre la base de una desigualdad material y la continua presión de las injerencias y agresiones del país del norte. La principal causa del desequilibrio entre ambas porciones estaba en que el país del norte permaneció unido en una Unión de Estados luego de su independencia, caso contrario a las ex colonias españolas. Señaló Ugarte que la fragmentación de Latinoamérica nos relegó a una posición de desventaja respecto a los Estados Unidos, e impidió frenar su influencia creciente, propiciando, según el autor, el avance sobre nuestra porción del continente de una identidad que nos resulta opuesta.

De lo expuesto hasta aquí se puede sintetizar que, según nuestro autor, América latina se encontraba en situación de desventaja material y además era víctima de una expansión que comprometía “la futura integridad territorial y moral” (UGARTE, 1953:51). En el siguiente extracto el autor se refiere a las pretensiones hegemónicas que Estados Unidos tenía sobre el territorio latinoamericano, eje de la oposición configurada entre las dos porciones continentales. Era, para el argentino, deber de la América latina velar por el destino de preservación de su propia autonomía frente al imperialismo, tal como expresa en el apartado “El peligro”:

“el continente esta dividido en dos porciones distintas, cuyos intereses son irreconciliables. Al norte, los que aspiran a unificarlo bajo su bandera; al sur, los que tendrán que levantar su autonomía material y moral por sobre todos los desmayos y todas las disensiones. Son dos mundos rivales, y no podemos declinar la responsabilidad de defender el nuestro.” (UGARTE, 1953:77)

Siguiendo la argumentación de Ugarte, la tradición latina, perpetuada en nuestra porción de América, se opone a la sajona que prevalece en Estados Unidos. Sus respectivas identidades e historias son muy diferentes. La frontera entre ambas porciones continentales se convierte en su discurso en una delimitación cultural, como propone Maíz, ya que trasciende la idea de división o mera marca limítrofe, para definir dos civilizaciones opuestas (MAIZ, 2003: 188).

América se alimentó de España y Francia, para configurarse como culturalmente latina, en su origen y conserva dicha marca identitaria:

“es evidente que nada nos atrae hacia los vecinos del Norte (...) Nos sentimos cerca de España, a la que debemos la civilización y cuyo fuego llevamos en la sangre; de Francia fuente y origen del pensamiento que nos anima” (UGARTE, 1953: 54)

La dicotomía Estados Unidos- América latina cobró, en la obra ugarteana, un carácter cultural, cercano al arielismo, tanto como incluyó una comprensión más aproximada del fenómeno imperialista y sus dimensiones económicas y políticas (TERAN, 1986: 94). Ugarte incorporó a la distinción de tipo moral - al estilo de la demarcada en el *Ariel* - la variable de una desigualdad material entre las “dos Américas” delimitadas,

exponiendo los mecanismos que aseguraban la sujeción de una porción continental por sobre la otra. Ambas dimensiones conviven en su ensayística, para explicar la oposición Nación latinoamericana – Estados Unidos. Dicha oposición adquirió una matriz racial, ya que Ugarte operó lo que Maíz (2003) llama una “racialización” del conflicto que supone el “peligro yanqui” delimitando una oposición en términos de raza latina- raza sajona, extendidas cada una en las distintas porciones continentales (238).

El autor retomó la oposición sajón- latino en Europa, entre los pueblos romanizados (españoles, franceses, etc), herederos de Grecia y Roma, y los pueblos bárbaros. Este conflicto antecedió la coyuntura del “peligro yanqui” que obligara a los intelectuales a volver sobre América y configurarla como un conjunto (MAIZ, 2003: 238). Esto inspiró el *Ariel*, ya que para Rodó la lucha entre materia y espíritu era la lucha entre el sajón y el latino (BECERRA, 1999:105).

Ugarte entendió que la dicotomía presente en Europa, se trasladó a América, con la colonización de los españoles en el sur y las Trece colonias de ingleses en el norte. La tensión entre ambas culturas se expresó en el continente americano, ya que Estados Unidos y América latina tienen intereses, idiomas, costumbres contrapuestas: “los motivos de alejamiento se pueden sintetizar en pocas líneas. Primero, el origen; segundo, la educación y las costumbres (...), y tercero, la locura imperialista” (UGARTE, 1953: 51-52)

Lo “latino” y su recuperación en un discurso configurado en torno a la oposición con un Estados Unidos bárbaro, materialista, ostentoso, vulgar, según Colombi (2004) fue condensada inicialmente en las figuras del Calibán y de Ariel. Estos pudieron ser pasos previos que mediaron la recuperación por parte de Ugarte de dicha dicotomía. Maíz sostiene que Ugarte y Rodó coincidieron en cuanto a sus referencias al pan latinismo y la defensa del mismo, pero de ninguna manera Ugarte pertenece a la corriente arielista, ya que en su discurso convive una preocupación por la amenaza cultural que representó Estados Unidos- al estilo de la percibida por Rodó- y una preocupación por su impacto en otros órdenes como el político (MAIZ, 2003:128-129). Por eso, Maíz propone la presencia

de un imaginario en torno a la latinidad que se plasmó de distintas formas en ambas ensayísticas.

La producción ugarteana se sirvió de la tensión entre las razas o civilizaciones sajona y latina e indagó en la configuración de una raza latina en América, para lo cual recuperó lo hispánico como legado. El legado español fue recuperado en Ugarte para la construcción de un espacio identitario o civilizatorio opuesto a Estados Unidos, el nuevo agresor de turno. Lo español, en Ugarte, cumplió la función de articular una identidad latina para las ex colonias españolas, como respuesta a una coyuntura de “peligro yanqui”. Se trata, como explica Maíz, de una identidad construida inicialmente con fines defensivos. Su propósito es conformar América latina como un todo, un conjunto, y el legado hispánico le permitía operar dicha construcción.

La ensayística de Ugarte se desmarcó de la construcción de una identidad latinoamericana por oposición (a Estados Unidos), porque se preocupó por encontrar la especificidad americana, consideró necesario, para oponerse al avance imperialista, recuperar y afirmar lo propio y singular de América. En la raza encontró la clave para pensar lo americano, ya que la raza configurada en torno al legado latino, es aquello que nos opone a Estados Unidos y nos particulariza. La presencia de lo español, y a través de este, de lo latino, operó para aglutinar en una raza común o en una civilización o cultura comunes, a todos los países latinoamericanos. De esta forma, el relato de Ugarte logró trascender la configuración defensiva de lo identitario y alcanzó una reafirmación de lo hispanoamericano. La identidad configurada trasciende lo defensivo, y se transforma en un principio de autodeterminación y autoafirmación hispanoamericana, ya que Ugarte, más que manifestar un anti norteamericanismo, tomó una orientación pro hispanoamericana, en tanto se enfocó en lo propio y singular de América (MAIZ, 2003: 70-71).

El legado español a encumbrar es un llamado a una misión que interpela a los países latinoamericanos, ya que se encuentra comprometida la identidad común y el porvenir de todos ellos. Reconocer y perpetuar la latinidad constitutiva de la identidad,

será la condición para retomar el camino iniciado por los libertadores, como expresó en “Manifiesto a la Juventud Latinoamericana” (1927): “Remontamos hasta el origen de la común historia. Volvamos a encender los ideales de Bolívar, San Martín (...) salvemos la herencia de la latinidad en el nuevo mundo, solo podemos confiar en el porvenir” (Fundación Biblioteca Ayacucho: s.f: 114). En ese pasaje de su obra, Ugarte se dirigía al resto de los latinoamericanos, para fijarles la responsabilidad de recuperar ese origen y legado, el latino. La misión demandó concretar el proyecto de unidad continental, retomando los ideales integradores de los libertadores, con el fin de preservar el legado latino en América, dado que se encontraba amenazado por el avance de otra identidad opuesta y pujante en el continente y en el mundo. La idea de comunidad continental en torno a la latinidad, perpetuada en América a través del legado hispánico, refuerza la necesidad de unidad continental frente al avance de Estados Unidos.

Para explorar si la generación del 98 española distinguió dos espacios continentales en América en términos similares a Ugarte, tomamos a Maeztu, quien en su ensayo “El espíritu de la economía iberoamericana” (1926), observó una oposición en términos de una herencia española perpetuada en América latina, enfrentada al materialismo de Estados Unidos. Señaló esto al desarrollar una distinción entre ambas economías, percibiendo en cada una de ellas diferentes sentidos económicos: precapitalista en “América ibérica” y de racionalidad capitalista en los Estados Unidos. La racionalidad pre capitalista que el autor le atribuyó a América se presentaba, a su parecer, como consecuencia del poblamiento español, es decir, la colonización prolongó elementos españoles en América, y mediante la existencia de los mismos en América la distingue de Estados Unidos:

“La América Ibérica, nuestra América, ha sido poblada por los españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII, que llevaron a ella un sentido económico naturalmente anterior al sentido del

capitalismo, que se ha desarrollado por otras circunstancias en Inglaterra y los Estados Unidos” (MAEZTU, 1948: 332).

Lo anterior se puede relacionar con la oposición entre materialismo y espiritualismo, de cuño arielista. Maeztu se aproximó a una visión espiritualista para explicar la desigualdad económica: “(...) la diversidad de los sentimientos económicos ha traído como consecuencia la polarización de América; una de las razas, la que habla español o portugués, es la deudora” (MAEZTU, 1948: 337). Percibió una desigualdad material entre América Latina y Estados Unidos, cuando señaló que América latina es deudora, pero se la atribuye a cuestiones de orden “espiritual”²³.

De la anterior cita analizada se desprende también que Maeztu distinguió dos razas, al estilo de Ugarte, y englobó también a Brasil dentro del conjunto de países americanos culturalmente latinos. Pero, en la cita expuesta notamos que en vez de caracterizar América como latina, utiliza la terminología América Ibérica. Ugarte a lo largo de sus ensayos implementa de igual manera los términos latino e hispano, siendo prácticamente intercambiables, mientras que la tendencia del hispanoamericanismo español fue la de usar los términos “iberoamericana”, “ibérica”, “hispana”, privilegiando vocablos con referencia directa a España. Sepúlveda señala que el hispanoamericanismo español formuló una raza española en réplica a la pretensión hegemónica francesa sobre la latinidad, por lo que los términos no resultaban equivalentes, dado que para los españoles Francia era una rival en su pretensión de guía cultural para el continente americano. En el apartado anterior, se ha visto que España y Francia eran reconocidas por Ugarte como referencias de la latinidad europea, fuentes de las cuales, para el autor, América del sur se nutrió culturalmente. El concepto de América latina había sido elaborado por intelectuales del Tercer Imperio Francés con el fin sustentar su pretensión hegemónica sobre ella. Además, ese país era un faro cultural e intelectual para las elites

²³ Maeztu llegó a pensar en términos espiritualistas la identidad española al evolucionar su pensamiento hacia la formulación de la hispanidad, en su obra tardía, culminando su viraje durante la segunda mitad de la década de 1930.

latinoamericanas, hecho que los españoles también se vieron obligados a combatir. La construcción de una raza hispana en la que quedara englobada América respondió a la necesidad española de disputar la hegemonía francesa sobre la latinidad, y por extensión, sobre sus ex colonias en América (SEPULVEDA, 2005:190).

En síntesis, la obra de Ugarte configuró una extensión hacia América de la oposición de las razas latina- sajona en Europa, definiendo de esa manera en nuestro continente dos porciones, cultural y civilizatoriamente distintas y contrapuestas. De esa forma, el avance imperialista de Estados Unidos sobre América latina adquirió una faceta cultural. En el caso de los autores españoles del 98 -tomando a Maeztu- articularon una dicotomía, en base a la mencionada oposición racial, para el continente americano, con el objetivo de englobar a América y España bajo una relación de filiación cultural, que les permitiera disputar el liderazgo francés de la latinidad.

Recapitulando, lo español es constitutivo de la Nación Latinoamericana que el discurso de Ugarte diseñó con el fin de fundar la integración de nuestros pueblos. Postuló la pre - existencia de la misma, caracterizada y distinguida por dicho legado español, que encarna y prolonga en ella la identidad latina, materializada en la “raza del porvenir” que, se ha desarrollado, será la síntesis latina. El legado español se encuentra en el núcleo de la identidad latinoamericana, en torno a la prolongación a través de este de un legado latino. El ensayo de Ugarte recuperó el legado latino inherente a lo español, como estrategia para otorgar coherencia a la diversidad latinoamericana. En cambio, en el caso de los hispanoamericanistas españoles, lo latino es una contribución propia de España a la humanidad en conjunto, y se corresponde con un legado civilizatorio, dado que entendían que América fue civilizada por España, según vimos en el capítulo anterior. El legado latino, es reconocido como el principal legado de España en América para Ugarte, como un legado identitario cultural, que se opone al legado cultural sajón de los Estados Unidos. Ugarte inscribió a nuestra porción continental, al sur de Río Bravo, dentro de la cultura latina, tal como Altamira inscribió a España dentro del espacio de la cultura latina en

Europa. La generación del 98 reconoció a España como heredera de la civilización latina y España se confirma como civilizadora en América. Cabe preguntar si los autores españoles reconocieron la dicotomía universal de civilizaciones como extensiva a América, de acuerdo a lo explorado.

Maeztu juzgó que hay factores en América heredados de los siglos de colonización española, cuando, según Ugarte en la colonización estaba el germen de una suerte de prolongación española en América. Maeztu configuró una dicotomía Estados Unidos – América Ibérica, en torno a elementos españoles en América, distintivos respecto de Estados Unidos.

En el caso de los autores españoles, la dicotomía sajón- latino también delinea una oposición de civilizaciones a nivel universal. La mencionada dicotomía, desde la perspectiva de Manuel Ugarte, se reproduce en el continente Americano bajo la forma Estados Unidos y Nación latinoamericana. La dimensión cultural de la oposición le da potencial a su discurso para configurar una identidad para América latina en respuesta a la expansión de Estados Unidos, que fue percibida como amenaza, en sus palabras, a la integridad territorial y moral, de América latina, y constituyendo finalmente una “reafirmación hispanoamericana”, como se ha visto.

La obra de Ugarte identificó una oposición entre dos porciones del continente americano: la sajona y la latina. Ugarte inscribió a nuestra porción continental, al sur de Río Bravo, dentro de la cultura latina, tal como Altamira ubicó a España dentro del espacio de la cultura latina en Europa. La tensión entre las identidades sajona y latina también fue percibida por los autores españoles, en el marco de la derrota del 98, lo que fue entendido como una decadencia de la latinidad frente a la cultura anglosajona. No solamente la derrota de España sino también la derrota francesa en la guerra franco- prusiana favoreció la percepción de decadencia latina frente al “empuje” sajón encarnado en Estados Unidos (SEPULVEDA, 2005: 189-190).

La percepción o configuración de dos espacios, el latino y el sajón, se plasmó en la idea de latinidad y en una percepción de Estados Unidos. La dicotomía se había

configurado en el espacio europeo antes de que Ugarte la tomara y cobró impulso tras la guerra del 98. Las respuestas discursivas de Ugarte y los españoles se enmarcan en la guerra del 98 y la rendición de España, lo que generó dichas respuestas frente a la irrupción de Estados Unidos. La oposición sajona – latina fue incorporada por Ugarte y los españoles, en tanto interpretaron la expansión de Estados Unidos como una amenaza cultural por parte de la raza sajona a la América que se nutrió culturalmente de la raza latina.

La idea de latinidad era parte de un imaginario de origen europeo que Ugarte incorporó luego del *Ariel*. Mientras, en España los intelectuales pretendían disputarle a Francia el rigor de la latinidad. Para conjeturar cómo circuló el concepto de latinidad entre los intelectuales españoles, podemos preguntarnos por el alcance en ellos de la influencia de José Enrique Rodó. Esto abriría la posibilidad de sugerir que los peninsulares caracterizaron la latinidad en base al espiritualismo arielista.

Como se desarrolló más arriba, encontramos un enfoque de corte espiritualista adoptado por Maeztu para distinguir dos porciones en el continente americano, y para explicar la subordinación económica de América latina. Esta afinidad con el arielismo deja abierta la posibilidad de explorar la influencia de Rodó en los españoles a la hora de acuñar un concepto de latinidad con el objetivo de disputar la preponderancia sobre la misma a Francia.

V

LA VISIÓN DE ESPAÑA EN EL MARCO DE LA CONFIGURACIÓN DE UNA COMUNIDAD AMERICANA – ESPAÑOLA. EL BLOQUE AGRIETADO

En el presente capítulo se examina la idea de comunidad española- americana configurada por Manuel Ugarte bajo la noción de “bloque agrietado”, construcción que evidencia la persistencia de la comunidad española- americana tras el proceso de las independencias. Por otra parte, se trazan conexiones con la comunidad transnacional que conformaron los autores españoles de la generación del 98. Se comienza por el análisis de las causas de las independencias americanas para llegar a la noción de “bloque agrietado”.

Causas de las Independencias americanas en la óptica de Manuel Ugarte

Con motivo del Centenario argentino, Ugarte brindó conferencias en España y Francia: “Causas y consecuencias de la Revolución Americana (1910) y “Las ideas francesas y la emancipación americana” (1911), respectivamente. En ellas, el autor postuló causas económicas y políticas que condujeron a la emancipación americana. Señaló como causa principal el carácter opresor del sistema colonial experimentado por los americanos, en particular en lo referente al sistema de monopolio implementado por la Corona española: “La metrópoli velaba por el comercio y las lecturas. Solo se podía respirar el aire que venía de ella” (UGARTE, 2014: 43) Explicó el autor que la política de la Corona generó rechazo en las colonias, “por el sistema centralista, por los impuestos y los abusos de los delegados” (UGARTE, 2014: 43). El problema radicaba en la administración colonial, los funcionarios

de la Corona, y el carácter absolutista de esta, que negaba las múltiples demandas de libertades económicas, políticas, religiosas y sociales.

En definitiva, Ugarte señaló como causa fundamental de las independencias americanas el carácter absolutista de la monarquía española y las consecuencias negativas que el centralismo tenía para América. Por otro lado, reconoció que el movimiento de las independencias también estuvo atravesado por el proceso de la Revolución Francesa. La influencia de este movimiento no solamente se había extendido sobre las colonias, sino también había llegado a la metrópoli: “la revolución de 1789 había cambiado la faz de Europa. España misma empezaba a sentirse contaminada. Sus patriotas reclamaban una Constitución, las doctrinas liberales ganaban terreno (...) las chispas saltaban hasta las colonias” (UGARTE, 2014:43). El autor se refería a las demandas de una constitución republicana por parte de un sector liberal español; es decir, en la metrópoli también el absolutismo estaba siendo cuestionado: “(...) la mayoría de los americanos ansiaban obtener las libertades económicas, políticas, religiosas y sociales que un gobierno profundamente conservador negaba a todos, no solo a las colonias sino a la misma España” (UGARTE, 2014: 29). Situó las demandas de los americanos en un marco más amplio, una suerte de movimiento de resistencia a la monarquía absolutista que se manifestó conjuntamente tanto en España como en América, y señaló que existían estrechos vínculos de solidaridad entre el movimiento liberal español y el americano:

“(...) los hombres de ideas avanzadas de aquí y de allá se tendían la mano en aquel tiempo, como ahora, por encima de las divisiones artificiales, como lo prueba el hecho de que fueran españoles recién llegados de la metrópoli, españoles procesados en España y expulsados de ella a causa de sus ideas republicanas, los que intentaron en Venezuela, en 1796, el primer levantamiento revolucionario, y como lo prueba el hecho de que los insurrectos americanos que estaban en las

cárceles de Cádiz fueron puestos en libertad, en un gesto grandioso de solidaridad fraterna, por los españoles que (...) reclamaban la Constitución de 1812.” (UGARTE, 2014:30).

En palabras del autor, “ni se soñó en los comienzos en adoptar un gobierno fundamentalmente autónomo” (UGARTE, 2014: 46). El movimiento independentista americano careció en un comienzo de cualquier signo separatista. Destacó el carácter coyuntural de las independencias, dado que la Corona se negaba a dar lugar a los reclamos, por lo que el absolutismo terminó por desatar el proceso de las independencias: “si el movimiento cobró un empuje definitivo y radical fue a causa de la “inflexibilidad” de la metrópoli” (UGARTE, 2014: 27). Sugirió, en su interpretación histórica de las independencias, que las mismas fueron resultado de un proceso que en sus inicios no buscaba la autonomía y que quizá pudo haberse desarrollado de otra manera. También indicó que fueron favorecidas por la coyuntura de la invasión napoleónica a España, lo que obligó a América a defender y asegurar el futuro de la raza hispana:

“Unos creían que las colonias debían seguir la suerte de España y que si esta caía en poder de los franceses, ellas debían someterse también. Otros juzgaron que América había recibido el legado de la civilización hispana y que debía ponerlo al descubierto, salvando el alma de la raza y haciendo revivir en la tierra nueva lo que estaba a punto de perecer aquí. Así nació la revolución.” (UGARTE, 2014:28)

El autor tendía a usar de manera indistinta en sus escritos los términos latino e hispano, como si fueran sinónimos, pero, en la anterior cita implementó el término raza

hispana, en lugar de raza latina. Esto podría insinuar un intento de acercarse a España, alejándose de aquella idea que ubicaba a los franceses como rectores de la latinidad²⁴.

Además de indagar en el carácter coyuntural de la emancipación americana, se preocupó por aclarar que el movimiento también careció de una marca anti española, realizando una distinción entre la Nación española y la Corona absolutista. Aclaró que América no se independizó de España, sino “del estancamiento y de las ideas retrógradas que impedían el libre desarrollo de su vitalidad” (UGARTE, 2014: 27). Con esto apuntó nuevamente contra el absolutismo, que, debido a su signo opresivo y atrasado, condenó a España a la decadencia, arrastrando a América consigo: “No nos levantamos contra España, sino (...) contra el grupo retardatario que en uno y otro hemisferio nos impedía vivir” (UGARTE, 2014: 29-30). Otra vez la argumentación de Ugarte agrupa a los anti absolutistas españoles y americanos, e inscribe la emancipación de nuestro continente en un proceso más amplio que involucra aquel que se vivía en la metrópoli; añade que era un proceso dirigido al gobierno español, salvaguardando la figura de España. No se trató, en definitiva, de un levantamiento contra ese país, sino contra el reinado absolutista, tal como lo habían hecho los liberales españoles en la península. Siguiendo a Molocznik en su prólogo a *Mi Campaña Hispanoamericana*, el marco general de las revoluciones americanas fue, en la concepción de Ugarte, la revolución democrática española y la pugna absolutismo y anti absolutismo (UGARTE, 2014: 10).

En su lectura de las independencias americanas, se unifican los procesos para no enfrenar en el conflicto a peninsulares y americanos. Explicó las independencias sirviéndose de la oposición “ideas liberales” y “absolutismo monárquico”. Expuso que existía tanto en América como en España una pugna entre liberales y absolutistas, que trascendía la dicotomía españoles y americanos. Esto último estaba probado por la presencia de españoles y criollos en cada uno de los bandos: “Si se hubiera tratado de una lucha entre peninsulares y americanos, no hubiera habido tantos españoles que (...)”

²⁴ Sin embargo, en su conferencia en París en 1911 interpeló a Francia para que se comprometiera en la defensa de la latinidad en América. Tanto España como Francia encarnaban, para Ugarte, la latinidad en Europa.

encabezaran la insurrección, ni tantos criollos que (...) la combatieron” (UGARTE, 2014:28). Para el autor, no era conveniente utilizar una oposición España- América o españoles vs. americanos, si se quería construir o enfatizar la idea de comunidad española –americana, por lo que corrió el eje de las interpretaciones históricas decimonónicas sobre el periodo independentista.

Enfatizó la idea de que no se trató de un movimiento anti español al declarar que la revolución “se hizo con los hombres y la cultura de España” (UGARTE, 2014:28). En el prefacio de *Mi campaña Hispanoamericana* (1922), el autor destacó:

“Como los revolucionarios fueron casi en su totalidad hombres de raza blanca o mestizos en los cuales predominaba la sangre ibera, el error es tan evidente (...) la de 1810 no fue una revolución de aztecas o patagones que reivindicaban el derecho de gobernarse con exclusión del invasor, sino un movimiento encabezado por los invasores mismos (...).”
(UGARTE, 2014:18)

Los protagonistas del proceso fueron fundamentalmente españoles y mestizos, es decir, de acuerdo a lo planteado por Ugarte, los levantamientos no comprometieron a la mayoría indígena.

De acuerdo a Altamira, en *Historia de la civilización española* (1900), “La pérdida de las colonias continentales” -como titula el apartado en el que analizó las independencias- se fraguó debido a los resentimientos de los americanos hacia los españoles, llegando a exponer que existió como motivación de los movimientos independentistas americanos una clara animadversión hacia la figura de España: “Se formó partido antiespañol o por lo menos lleno de recelos y de sentimientos poco cordiales para España” (ALTAMIRA, 1900b:200). Este planteo se contrapone con el de

Ugarte, ya que se ha visto que el argentino intentó desarticular cualquier discurso que expusiera como causa o aliciente de las independencias un sentimiento anti español o que caracterice el proceso bajo un signo anti íbero. El autor español especificó que ese “partido” anti español estaba conformado por “descendientes de españoles y particularmente mestizos (...)” (ALTAMIRA, 1900b:200). En ese punto coincidió con Ugarte, ya que ambos señalaron que los procesos de independencia fueron protagonizados por criollos e hijos de españoles²⁵.

El autor español también mencionó la existencia de “... abusos y ridiculeces de autoridades españolas y el clero” (ALTAMIRA, 1900b:200), haciendo referencia a los intermediarios de la Corona como los responsables de los abusos y cargas onerosas en América. Reconoció con esto la opresión española sobre América, señalada por Ugarte como causa de las emancipaciones. Altamira señaló a modo de ejemplo acerca de las demandas de los americanos: “Cuando en 1761, el visitador Gálvez, reformo y mejoró la hacienda de Nueva España advirtió un fermento de protesta, cuya fórmula era: “los españoles no nos dejan tomar parte en el gobierno de nuestro país y se llevan nuestro dinero a España” (ALTAMIRA, 1900b:202). En esa cita el autor mencionó los efectos del monopolio español y las demandas americanas de flexibilización del mismo, elementos que se han analizado en el discurso de Ugarte, aunque para el argentino el autogobierno no fue una demanda inicial. Altamira además sugirió que los españoles contribuyeron a generar las condiciones que propiciaron la independencia de sus colonias; admitió que ellos mismos fomentaron “el espíritu liberal y de independencia en las colonias” (ALTAMIRA, 1900b:202-203), lo que se acercó al planteo de Ugarte acerca de la renuencia española a satisfacer demandas y la influencia de esta postura de la Corona a la hora de desatar las independencias.

En definitiva, se observa que Altamira se aproximó a la interpretación ugarteana que atribuyó a la política centralista e inflexible de la absolutista Corona española un papel fundamental en las causas de las emancipaciones americanas. Pero no parece hacer

²⁵ A quienes Ugarte denominó como “españoles del Nuevo Mundo”

una distinción entre Nación española y corona absolutista. Conjeturamos que probablemente Ugarte haya dispuesto tal distinción para refutar explicaciones del proceso independentista difundidas en España, como las de Altamira. Por otra parte este autor español, en otro análisis de las independencias americanas plasmado en su libro *Historia de España y de la civilización española* (1900) coincidió con Ugarte al reconocer también la vinculación entre los reformistas españoles y los independentistas americanos:

“Muchos de los que fueron caudillos y directores intelectuales de la revolución americana se educaron en la metrópoli y aquí tuvieron amplio contacto con las ideas enciclopedistas y con el reformismo de los políticos españoles (...) no es aventurado creer que hallarían aquí entre los radicales españoles (...) elementos simpáticos a sus aspiraciones, o cuando menos, participantes de cierto vago americanismo sentimental (...)”
(ALTAMIRA, 1909: 203).

En el extracto anterior el autor, por una parte, reconoció las ideas de la ilustración como las impulsoras de la emancipación americana y por otro lado, señaló el contacto directo entre los independentistas americanos y los reformistas españoles, y la existencia de simpatías mutuas. Esto último podría sugerir la pugna liberales vs. absolutistas que Ugarte concibió como transversal a España y América, lo que insinúa en el autor español una idea de comunidad española americana. Más adelante, Altamira se refiere a “la infeliz América” y la “tirana Europa” (ALTAMIRA, 1909: 203), es decir, contrapuso Europa y América, que es exactamente la dicotomía que Ugarte pretendió contraargumentar.

Por otra parte, Unamuno y Maeztu parecen alinearse con Ugarte cuando hicieron referencia al absolutismo como causa de las independencias. Unamuno, en “Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana” (1905) criticó la rigidez de España en lo referente a sus políticas con América: “la necia y torpe política metropolitana nos

hizo perder las colonias” (UNAMUNO, 2009:981). Maeztu también reconoció el centralismo como causa de las independencias, en su artículo “El hispanismo de los sudamericanos” (1917): “no cabe duda de que el ideal que conscientemente persiguieron los caudillos de la independencia fue el de la libertad política y, sobre todo, el de la libertad económica” (DE MAEZTU, 1917: párr. 12).

Maeztu señaló también en ese mismo artículo, la influencia de la revolución francesa y las ideas francesas de la Ilustración, y también de la independencia norteamericana, cuestión que será analizada en el siguiente capítulo. A la vez, sitúa el proceso independentista en la situación de decadencia y atraso español y la figura de un país retrógrado, al igual que Ugarte cuando inculpó al retraso español como causal de las independencias y las ideas nuevas embanderadas por la Revolución Francesa:

“Ello no es dudar de que los caudillos de la independencia hispanoamericana fuesen hijos de su tiempo y, por lo tanto, de la Constitución norteamericana, de la Enciclopedia y de la Revolución francesa; pero en su tiempo se producía otro factor no menos importante para su objeto, a saber: el de la postración espiritual y material de España” (DE MAEZTU, 1917: párr. 13)

Este autor asumió, a diferencia de Ugarte, que las independencias poseyeron desde el inicio el carácter separatista que perseguía el objetivo de independizar las colonias, cuando continúa la cita anterior: “Y con ello no digo solamente que la postración de España facilitara a los hispano-americanos una ocasión favorable para sus planes” (MAEZTU: 1917: párr.14).

De lo hasta aquí expuesto en este apartado, se observa que la percepción ugarteana acerca de España muta de una España civilizadora durante la colonización, a

una España retrógrada durante la dinastía de los Borbones, manifestando nuevamente una tensión en la base de la configuración de Ugarte sobre España. El discurso ugarteano procuraba preservar la imagen de España en la explicación de las causas de las independencias americanas, siendo indicador de ello la distinción entre, por un lado, la Corona absolutista y sus medidas oprobiosas y por otro lado, la Nación española, distinción con la que intenta salvar su interés por el legado español, en el que sí encontró un valor cultural para configurar América como una unidad histórico-identitaria.

Por otra parte, ajustándonos a las fuentes seleccionadas, se postula que Ugarte, en su conferencia sobre las causas de las independencias intentó refutar las interpretaciones de los autores españoles, para desarticular algunas miradas sobre las independencias que circulaban en España y también en América. Las interpretaciones de los españoles, según lo que ha sido analizado, entendían que las independencias americanas fueron premeditadas persiguiendo una intención separatista y movilizadas por un sentimiento anti-español. Por el contrario, la interpretación de Ugarte estaba orientada a presentar el proceso de las independencias americanas como resultado de una coyuntura, sin ánimo anti-español alguno que fundara pretensiones separatistas como parte de las motivaciones del proceso.

Pretendió articular España y América a través de la consideración del autor sobre la solidaridad entre el movimiento liberal español y los independentistas americanos. En general, la argumentación ugarteana unifica el proceso como un enfrentamiento entre liberales y absolutistas con españoles y criollos en cada uno de los bandos. El proceso independentista, entonces, involucró a España, no la opuso a América. Al contrario, en su lectura, Ugarte se encargó de destacar que se trató de un proceso en común. La interpretación de las independencias tal como la desarrolla, le habilita a configurar la idea de "bloque agrietado".

Bloque agrietado

Con el fin de negar cualquier impronta anti española al movimiento independentista americano, Ugarte expresó en las mencionadas conferencias, que “la revolución fue económica y política pero no nacional” (UGARTE, 2014: 46), es decir, esgrimió que fue una revolución motivada por reivindicaciones que no revestían ningún perfil nacionalista.

Ugarte afirmó que “Se podían condenar los métodos de colonización y hasta la orientación global de España (...) pero en los resortes íntimos, seguíamos formando parte integrante de ella” (UGARTE, 2014: 46). Esta percepción reforzó la evidencia de una comunidad española- americana, puesta en juego durante las independencias, tanto como después de las mismas, ya que, en la perspectiva de Ugarte, la emancipación tuvo como resultado una separación sólo política respecto de la metrópoli.

Si las independencias no correspondieron a movimientos nacionalistas, es posible concebir una comunidad española americana posterior al resultado de dicho proceso: pretendía que América, después de la revolución, se considerase parte de una comunidad con España, ya que no son “dos entidades distintas”, sino que forman “parte de un solo bloque agrietado” (UGARTE, 2014:26). Este concepto refirió a una “entidad superior” que englobaba a peninsulares y americanos. Bajo ese concepto, España y América eran “dos grandes fracciones de la raza” (UGARTE, 2014: 39). La raza común es el canal de unidad entre la vieja metrópoli y las ex colonias, ya que compartían una raza en común, en palabras de Ugarte: “Nuestra raza- y al decir nuestra raza me parece abarcar España y América en un calificativo común- (...)” (UGARTE, 2014: 26). La percepción de la persistencia de una comunidad española americana estaba dada en la consideración de la categoría de raza. Se ha visto que, según Maíz, la categoría de raza se entendía en términos culturales, por lo cual el “bloque agrietado” supone una comunidad de tipo cultural integrada por España y América.

El hispanoamericanismo español quiso construir una comunidad transnacional española – americana. Unamuno, en su obra “Algunas consideraciones sobre la literatura Hispanoamericana” (1905), al igual que Ugarte, reconoció que tanto América como España eran parte de la “raza latina”: “Los pueblos hispano–americanos, lo mismo que España, y en general los que llamamos *pueblos latinos (...)*” (UMANUNO, 2009: 970). Utilizó el término hispano englobando a los americanos, probablemente dejara entrever la idea de que por hispanos los pueblos americanos pueden englobarse bajo la cultura latina, como se ha visto en el capítulo IV.

Unamuno halló que tanto los españoles como los americanos eran descendientes de los españoles de los siglos de la conquista y colonización de América, en tanto el hispanoamericanismo español justificó la comunidad transnacional española americana, en base a un origen colonial de la misma:

“si se me dice que la española precede a aquéllas, haré observar que es una proposición de poco sentido y análoga a la de llamar a los americanos hijos nuestros, como si ellos no descendiesen de los conquistadores por lo menos tanto, y de seguro más que nosotros” (UNAMUNO, 2009: 981-982).

El autor estaría sugiriendo la presencia de una comunidad española americana, lo que lo acercaría a la idea ugarteana de “bloque agrietado”. Unamuno continuaría afirmando: “Aquello es una continuación de la España del siglo XVI tanto como esto” (UMANUNO, 2009: 982). Para los hispanoamericanistas españoles de la corriente progresista -no así la corriente pan- hispanista- tanto América como España eran herederos de la España de los siglos XVI y XVII. El origen de América estaba en tiempos de la colonia, en los que, según entendieron, se conformó la comunidad con España, -la cual persistiría en el tiempo-, lo que se puede observar cuando Unamuno marca una diferencia entre el periodo colonial y el pre-hispánico: “El histórico, cuando busca asuntos en la

época precolombina, fracasa, porque los americanos son poco menos extraños que nosotros a las civilizaciones quechua, azteca o guaraní” (UMANUNO, 2009: 983). El legado español primó sobre el indígena cuando percibió a América, lo que configuró de manera singular la comunidad cultural trasatlántica: “a pesar de que apenas habrá mejicano que no lleve algo de sangre india en sus venas, la tradición de cultura es española”. (UMANUNO, 2009: 984). Se refiere así a las repúblicas americanas como naciones hispanoamericanas “desgajadas” de España (UMANUNO, 2009: 985), lo que supone una idea similar a la de “bloque agrietado”, aunque no en los mismos términos que Ugarte. Es que existe para Unamuno todavía un lazo entre ellas, en palabras del autor, “una hermandad espiritual” (UMANUNO, 2009: 981).

En síntesis, la categoría de “bloque agrietado” refiere, se ha visto, a la “entidad superior”, en palabras de Ugarte, que integra a España y América. Hace referencia a una entidad fracturada, pero cuya comunidad cultural continuaba tras las independencias. En concordancia, los hispanoamericanistas españoles percibieron la existencia de una comunidad trasnacional, que abarcaba a América. Unamuno entendió que España y América eran igualmente herederas de los siglos coloniales, en los cuales tuvo lugar la articulación de la comunidad trasnacional. La idea de bloque agrietado, en tanto una comunidad que incluía a España, estimamos, conectó a Ugarte con el hispanoamericanismo español, ya que los intelectuales españoles construyeron un concepto de comunidad trasnacional, más allá de las fronteras españolas, que incluyó a América. Conjeturamos que la conexión entre Ugarte y los intelectuales españoles, en cuanto a la configuración de un espacio cultural común a España y América, puede situarse en el marco de la época del cumplimiento del centenario de las revoluciones y de la coyuntura de avance norteamericano sobre América latina.

Recapitulando, Ugarte desarrolló extensamente el problema de las independencias americanas. En su explicación tendió a refutar las interpretaciones españolas sobre las mismas, y conjeturamos que la interpretación ugarteana se construyó en diálogo con las

interpretaciones españolas y en respuesta a ellas, para acercarse a España en tiempos del Centenario de las revoluciones de independencia.

La noción de bloque agrietado, conjeturamos, está emparentada con la identidad transnacional construida por los intelectuales españoles. Unamuno, se ha visto, entendió a América como culturalmente española, idea que podría ser en principio compartida por Ugarte, pero con una salvedad: como se ha señalado anteriormente, el autor argentino rescató lo cultural de origen español presente en América latina, para articularla como un conjunto y fundamentar el proyecto de unidad subcontinental en una identidad basada en elementos de origen español. Su motivación principal no era incluir a España en esa comunidad, sin embargo, no dejaba de reconocer en ese país el origen de la identidad y núcleo de la raza americana. Por esto, en la época del Centenario de las independencias, apeló a la idea de comunidad española- americana, a través del concepto de bloque agrietado, cuya construcción se encontró fomentada, estimamos, por emergencia de la expansión imperial estadounidense.

VI

COMPROMISO ESPAÑOL AMERICANO FRENTE A ESTADOS UNIDOS

Ugarte apeló a una comunidad española - americana, cuando su motivación y objetivo central era la unidad latinoamericana. El por qué de ello se explora en el presente capítulo. Se analiza primero lo que en la ensayística de Ugarte se entendía por compromiso español – americano acerca de la pervivencia de “la raza” frente al avance estadounidense y finalmente, se explora la postura de Ugarte y los autores españoles frente a lo que Estados Unidos suponía para los países americanos.

Compromiso español americano por la pervivencia de la raza

Ugarte postuló, en el centenario de las independencias, que España y América, formaban parte de un mismo conjunto, a pesar de que se encontraban separadas políticamente. Sostuvo que persistía un sentimiento de solidaridad entre ellas dada su confraternización, en tanto para el autor eran dos “fracciones de la raza”, como se ha visto en el capítulo anterior. El argumento del autor apeló a esa solidaridad vigente entre las dos partes del “bloque” para persuadir a la defensa de la raza latina de la cual también los españoles eran parte: “los españoles no pueden ver comprometido el Porvenir de América sin asistir a la muerte de sus más íntimos deseos, de sus nuevas encarnaciones y de su prolongación histórica” (UGARTE, 2014: 37). La puja por la “frontera móvil” de Estados Unidos, interpeló tanto a América latina, principal afectada, como a los españoles. Esta presión de la porción sajona del continente americano implicó que estuviera en juego

“no solo el porvenir de la América española, sino el desarrollo de la raza entera” (UGARTE, 2014: 35).

Frente a la amenaza representada por los Estados Unidos, Ugarte hizo un llamado a mantenerse “Reunidos en dos grandes grupos, independientes entre sí pero solidarios (...) para defender nuestras costumbres y tener a raya la presión de otros grupos” (UGARTE, 2014: 39). La propuesta de comunidad y de alianza en defensa de la raza que compartían, se extendía de los países latinoamericanos hacia la misma España, ya que resultaba una exigencia de la coyuntura de avance del imperialismo norteamericano. Retomado el capítulo cuatro, Ugarte recuperó un legado español en América para construir una identidad común a los pueblos de Latinoamérica y diferenciarla de Estados Unidos. La preservación de ese legado frente a la expansión norteamericana correspondía tanto a América latina como a España, lo que une a ambas en un compromiso: se trata de dos fracciones de la raza latina, y entre ellas existe un lazo solidario y un compromiso común de resguardar el destino o el Porvenir de la raza a la que pertenecen. A partir de la oposición sajona – latina, España y América, observa Maíz (2003: 238) quedan del mismo lado del conflicto de razas.

Maíz (2003) explica que el conflicto entre América latina y Estados Unidos, se entendió bajo la oposición de razas sajona y latina; el autor denomina esta operación “racialización del conflicto” (237). Esta misma tiene como consecuencia el agrupamiento de España y América, en tanto latinos, frente la raza sajona. Recordemos que, de acuerdo a Ugarte, América y España constituyen un “Bloque agrietado”, es decir, son parte de la misma raza latina. Se conjetura que el Bloque agrietado podría ser consecuencia de la operación de “racialización del conflicto” propuesta por Maíz, y, siguiendo a Ugarte, coloca a España y América frente al mismo compromiso por la persistencia de la raza.

En 1920, nuevamente en España, en su conferencia llamada “La atracción de los orígenes”, el autor retomó la idea de comunidad española-americana, cuando expresó, frente a un público español, que “La América española, pudo (...) separarse políticamente de España, pero (...) ha seguido y sigue estrechamente unida a la nación que le dio vida”

(UGARTE, 2014: 159). En el mismo texto, también sugirió de alguna manera que el origen de América estaba en España, o que América es una prolongación o desprendimiento de aquella. Continuaba argumentando que, persistía la “unidad superior y su solidaridad indestructible” (UGARTE, 2014: 161) entre las partes del bloque agrietado. Posteriormente en la obra *El destino de un continente* (1923), sentenció que “existe en la realidad de los hechos y en los estados del alma una íntima y completa confraternidad entre España y las repúblicas que nacieron de su seno” (UGARTE, 1923: 402), pero lamentaba que la “fraternidad efectiva (...) no existe con la debida intensidad” (UGARTE, 1923: 403) es decir, había que estrechar todavía en mayor medida esos lazos: “falta, entre la madre y las hijas, el isocronismo en las vibraciones, que sería indispensable para realizar el porvenir” (UGARTE, 1923: 403).

Se trataba de preservar la cultura y la raza latina, la defensa de la raza era un compromiso que involucraba también a España, por lo cual la alianza defensiva de la raza se hacia extensiva hacia aquel país, ya que se articularía para la conservación en el Porvenir de la raza latina, prolongada en América por parte de España, tal como lo expresó en la conferencia de 1920:

“Si en el nuevo mundo se perdieran las tradiciones y las costumbres que prolongan la raza latina (...) si cayeran de una u otra forma bajo el colonialismo de otro pueblo, si el comercio, la religión, el pensamiento que aun anima en las naciones que hacen perdurar en otro hemisferio la vitalidad y la gloria de una civilización fueran anuladas y vencidas por otra fuerza invasora, se podría decir que los de allá y los de aquí, habíamos faltado a nuestros destinos y que nos encontrábamos en presencia de la dolorosa bancarrota de una raza en un poderoso Trafalgar de ideas que hundía en el mar, no ya la flota material de un pueblo, sino sus navíos

espirituales en las aguas sin límite del porvenir.” (UGARTE, 2014: 163)

La suerte de alianza defensiva entre España y América era una propuesta frente a lo que se percibió como un avance de la raza sajona, que implicaba salvar el legado cultural de la raza latina a nivel mundial y el futuro de los pueblos latinos en la humanidad. Al prolongar su raza en América, hacía también responsable a España en la protección frente al avance sobre América de la raza opuesta. Pero, se debe aclarar que la motivación principal del autor argentino era aglutinar a América latina en torno a elementos culturales de origen español, mientras que su apelación a España resultó más secundaria que central en su obra.

Unamuno ya a principios del siglo XX planteaba la necesidad de estrechar lazos españoles-americanos, tal como reclamaba Ugarte. El español, en su texto titulado “La educación” (1902) escribió:

“He de ahorrarme aquí las consabidas consideraciones respecto al cambio de ideas y productos para estrechar la unión ibero–americana, sin más que lamentarme de que sean tantas nuestras no satisfechas necesidades de cultura y tan escasa y pobre nuestra labor en ella.”

(UNAMUNO, 2009: 413)

Planteaba lo anterior en el marco del postulado del hispanoamericanismo español progresista sobre la necesidad de concretar acciones orientadas a la circulación de libros para fomentar el intercambio de conocimiento y las relaciones culturales entre España y América.

El autor en otro de sus textos, titulado “Algunas consideraciones sobre la literatura hispano- americana” (1905) también reflexionó sobre el fomento de las relaciones españolas americanas:

“Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de Madre Patria, y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no sólo dándoles.” UMANUNO, 2009: 981)

En la cita arriba expuesta ubicó a América y España al mismo nivel cuando marcó la necesidad de dejar de encumbrar a España como la “Madre Patria”, en relación asimétrica, y buscar a la par la salida al problema de la amenaza a la raza hispánica. Puede sugerir aquí la pertenencia de España y América a una misma raza, tanto como la necesidad de involucrarse igualmente en la supervivencia de la raza, planteado por Ugarte en similares términos.

Altamira, en el apartado “Nuestra política americanista”, de la obra *Cuestiones Hispanoamericanas* (1900), pretendió una alianza para contrapesar la expansión sajona: “(...) América quiere estar con España, desea construir con ella, (...) una fuerza (...), que contrapesa el influjo de las razas, sajona y eslava y haga sentir en su acción decisiva en los destinos del género humano.” (ALTAMIRA, 1900a:56) El autor apreció la existencia de un vínculo solidario entre España y sus ex colonias que trasciende la emancipación política. La solidaridad en común, por encima del bloque agrietado, para la obra de la supervivencia del legado cultural compartido:

“reconocimiento de esa solidaridad ideal que nos une por encima de las pasadas luchas, convirtiéndonos en colaboradores de una misma obra superior a todas las

diferenciaciones nacionales y políticas por ser un hecho tan acentuado y de tan consoladora significación”. (ALTAMIRA, 1900a: 52)

En síntesis, el discurso de Manuel Ugarte manifiesta como necesaria la estrategia de una alianza española – americana frente al avance y expansión territorial y económica de los Estados Unidos sobre el continente, representando una amenaza a la pervivencia de la raza latina frente a la sajona. Ugarte planteó la percepción de una raza común, o dos “fracciones de la raza” y la concomitante responsabilidad española-americana por la raza latina y su porvenir en América y en la Humanidad. Apeló a España, planteando que no podía ser indiferente al avance de la raza sajona, representada por la expansión estadounidense sobre América. Los autores españoles, Unamuno y Altamira, plantearon en términos similares a Ugarte, la pertenencia española y americana a una raza común, lo que comprometía a ambas en la conservación del legado cultural compartido.

La propuesta de una alianza española americana, basada en la pre-existencia de una comunidad, se encontró favorecida, estimamos, por la percepción en común entre Ugarte y los autores españoles de peligro cultural representado por Estados Unidos. El discurso de Ugarte interpeló a España, en un momento en el que los hispanoamericanistas españoles pusieron atención a América para sus fines regeneracionistas, tras la pérdida de las colonias americanas a manos de Estados Unidos.

Postura frente al modelo que supone EEUU para las repúblicas americanas

Lo expuesto hasta aquí nos lleva a explorar cómo entendieron Ugarte y los autores españoles la expansión de Estados Unidos sobre América latina. Se ha visto que el hispanoamericanismo español también la percibió en términos culturales, pero es

necesario vislumbrar las especificidades en la percepción de los Estados Unidos que tuvo la generación del 98 española después del “desastre” que le significó la guerra del 98.

Ugarte, paralelamente a su visión crítica, no dejó de expresar su admiración por Estados Unidos, calificándolo de “milagro de la historia”, refiriendo a ese país como la “nación más próspera del mundo” o “fabulosa República”. El autor se declaró adversario de una política, de tipo expansionista, no de un país. Distinguió por un lado las elites “que se creen destinadas a la dominación del mundo”, las únicas beneficiadas por el imperialismo, y por otro, el “gran pueblo” norteamericano, que expresaría su solidaridad si tuviera la oportunidad de enterarse aquello que se hace en su nombre en América latina. Reconoció las contradicciones presentes en el interior de esa sociedad, como la desigualdad y el racismo, evidenciado en la situación de opresión de la minoría afro-norteamericana.

Osciló entre la percepción de amenaza, y el sentimiento de admiración, en tanto sujeto de elite latinoamericano. En la coyuntura de principios del siglo XX, las elites entendieron que representaba un peligro, pero a la vez declaraban su admiración o fascinación ante lo que se manifestaba como una novedad histórica. A la vez de constituir un peligro, Estados Unidos representó también, bajo la óptica de Ugarte, un ejemplo para América latina, debido a los ideales de libertad y democracia sobre los cuales los padres fundadores de ese país asentaron su proyecto de nación, sus avances tecnológicos, su progreso productivo, su prosperidad económica, las oportunidades de movilidad social que ofrecía, todo era objeto de su admiración para el autor. El carácter de ejemplo estaba dado, especialmente, porque la nación del norte permaneció unida tras su independencia de Inglaterra, a diferencia de las naciones latinoamericanas, cuestión en la que Ugarte encontró la razón de la desigualdad entre las dos Américas, como se ha señalado.

Luego del desenlace de la guerra del 98, España cambió su percepción sobre Estados Unidos, calificándolo como un país incivilizado y materialista. Neila Hernández ubicó al sentimiento anti norteamericano en el marco de un clima a nivel europeo, ya que la modernización económica y social de Estados Unidos inoculaba temor entre los

conservadores europeos, mientras que para otro sector de las elites europeas, el modelo norteamericano resultaba de gran atractivo (2008:41).

Siguiendo a Sepúlveda, el hispanoamericanismo español entendía que la influencia de Estados Unidos erosionaba la cultura latina, por lo cual, corría riesgo el fundamento del lazo español –americano, mientras que el pan –hispanismo entendía a Estados Unidos como una nación cuyo materialismo amenazaba los valores e ideales tradicionales, como la religión católica y el humanismo (2005: 247).

Altamira y Maeztu percibieron que la influencia de Estados Unidos se remontaba a los tiempos de la emancipación de las Trece colonias, que se erigió como ejemplo de las independencias latinoamericanas. Altamira, en su *Historia de la civilización española* (1900) observó que los “Ejemplos de las antiguas colonias inglesas que a fines de aquel siglo se emanciparon de la metrópoli (...) alentó a los separatistas hispanoamericanos” (ALTAMIRA: 1900b: 200). Maeztu, se ha señalado antes, en “El hispanismo de los sudamericanos” (1917) estimó que la constitución norteamericana influenció a los independentistas americanos. En ese mismo artículo, atribuyó la pérdida de Cuba a una consecuencia del reflejo de prosperidad estadounidense frente al atraso de España: “En el caso de Cuba, por ejemplo, no me cabe duda de que una de las causas de la insurrección ha sido la constante comparación que hacían los cubanos antes de 1895 entre la penuria de España y la riqueza de los Estados Unidos” (DE MAEZTU, 1917: párr. 15).

La oposición entre una España atrasada y unos Estados Unidos prósperos y modernos fue percibida por los españoles como el principal obstáculo a la influencia española en el continente, ya que la imagen proyectada por Estados Unidos resultaba fascinante. En este sentido, Altamira en el apartado “Nuestra política americanista” en *Cuestiones Hispanoamericanas* (1900), se refiere al país del norte como un: “(...) inmenso atractivo (...) que constantemente tienen ante sus ojos las repúblicas americanas” (ALTAMIRA, 1900a: 52). Observó que los Estados Unidos eran referentes para el resto de América, lo que se convertía en un obstáculo para que España se configure como modelo a seguir, tal como eran las pretensiones de los hispanoamericanistas de la rama

progresista, en palabras del autor: “El progreso material de los Estados yankis será siempre un señuelo poderoso para las naciones próximas a que aspiren también a ser cultas, ricas, libres” (ALTAMIRA, 1900a: 53). Al autor parece preocuparle más la amenaza que representa Estados Unidos como obstáculo a la permanencia de la comunidad española americana, y estimativamente para la alianza defensiva de la raza: “el ejemplo de los EEUU es hoy por hoy el obstáculo terrible para la solidaridad que pretendemos establecer.” (ALTAMIRA, 1900a: 51-52)

En líneas generales, en la perspectiva de Altamira, América latina aspiraba al progreso que encarnaban los Estados Unidos, por eso este último era objeto de admiración para ellas. España se encontraba en desventaja en cuanto a la consideración que recibía de América latina. En este marco, entendió que Estados Unidos interfería en el lazo solidario para la pervivencia cultural latina. Pero, el español también estaba interesado en la regeneración de la nación, siendo Altamira el impulsor de la confluencia entre americanismo y regeneracionismo. La necesidad de estrechar lazos con América comprometía la regeneración de la nación española, entendía el andaluz.

El autor continuó exponiendo que, a pesar de la existencia de un lazo solidario con España y el resguardo latinoamericano a la expansión estadounidense: “Estas condiciones y por muy grande y fuerte que sea el temor político de las repúblicas a ser absorbidas y el sentimiento de solidaridad respecto de España, la lucha es desventajosa para nosotros” (ALTAMIRA, 1900a: 53). Entendía a Estados Unidos como amenaza a esa solidaridad que reconocía existente entre América y España, y que se pretende fomentar a través de una política hispanoamericanista. Cualquier intento de implementar políticas que fomenten las relaciones españolas- americanas debe suponer de inicio posicionarse frente a América latina presentando lo positivo o atractivo que Estados Unidos representaba para las repúblicas americanas, retomando la antinomia entre las dos imágenes de España en tensión, una de las cuales era la España retrograda y pre moderna, propagada en América tras las independencias americanas, que persiste en Ugarte:

“(…) la más fuerte garantía que podemos ofrecer a nuestros hermanos de América es una franca política liberal (…) Con la España inculta, estancada en su política, nada quieren porque sería contradecir los mismos principios de vida de las repúblicas americanas.” (ALTAMIRA, 1900: 54)

La manera en que España se proyectara ante América ofrecía la posibilidad para renovar su imagen frente a ella, tanto como una herramienta para combatir el modelo o ejemplo que eran los Estados Unidos. La corriente progresista del movimiento consideró la necesidad de proyectarse como una nación liberal y moderna, para retener la atención de América (SEPULVEDA, 2005: 131).

En síntesis, la percepción de Ugarte concibió doblemente a los Estados Unidos, bajo una impronta de ejemplo para las repúblicas, como de amenaza para Latinoamérica, tanto material como culturalmente. Por otra parte, los autores españoles se preocuparon por la influencia y el atractivo que Estados Unidos representaba para América latina y la amenaza o competencia que esto suponía a su pretensión de fomentar un acercamiento español- americano, frente a lo cual España debía, según la concepción del hispanoamericanismo progresista, proyectar una imagen moderna y republicana, atractiva a América.

Recapitulando, estimamos que Ugarte apeló a la idea de comunidad transnacional, tal como los autores hispanoamericanistas españoles habían planteado, porque vislumbró, por lo menos durante la coyuntura del Centenario de las independencias, en la alianza española americana la respuesta a la irrupción y expansión de Estados Unidos. Compartir la raza latina le permitió especular una alianza con España, si bien de carácter secundario, frente al avance de Estados Unidos, con el fin de fortalecer el legado cultural y su pervivencia frente a la amenaza representada por la raza sajona. El discurso ugarteano identificó la política expansionista del gobierno de Estados Unidos, con el avance de la raza sajona. La imagen de amenaza y peligro personificada por los Estados Unidos que el

autor configura en su ensayo, permanece en tensión con la paralela valoración positiva del pueblo norteamericano,

La configuración de Estados Unidos, y su potencial peligro, cobró maneras diferentes en cada caso. Para el autor argentino, la preservación de un legado latino en América, heredado de España, exigía a España comprometerse con el Porvenir americano. Ugarte desarrolló el concepto de raza a fines de aglutinar América, y le habilitaba también, a convocar la ayuda de España frente al sajón, estimamos, aprovechando la nueva mirada de España puesta en interés hacia América.

CONCLUSIÓN

A raíz de lo estudiado en el presente trabajo, se puede conjeturar la existencia de conexiones entre Manuel Ugarte y los autores de la Generación del 98 española.

Se puede afirmar que Manuel Ugarte y los intelectuales españoles formaban parte de las redes intelectuales extendidas para fines del siglo XIX y principios del siglo XX, entre intelectuales españoles y americanos. A partir del análisis de las fuentes disponibles que se pudieron recolectar, las cartas intercambiadas entre Manuel Ugarte y Miguel de Unamuno y el prólogo redactado por el español en el libro *Paisajes Parisienses* de nuestro autor, se infiere que existieron contactos entre los autores, el intercambio previo de obras y de comentarios sobre las mismas. De las cartas se infiere que tenían mutuo conocimiento de sus respectivas trayectorias literarias, y que habían existido previos encuentros personales entre los autores.

Los autores se vincularon dentro de redes de intelectuales de mayor amplitud, trazada entre los intelectuales modernistas americanos y los regeneracionistas españoles. Rafael Altamira, Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno, formaron parte de redes hispanoamericanistas en España, que tendió redes de intercambios entre España y América. Manuel Ugarte pudo formar parte de las redes de intelectuales españoles gracias a la confluencia entre intelectuales modernistas americanos e hispanoamericanistas españoles, a partir de los contactos entre Rubén Darío y Miguel de Unamuno.

La convergencia española y americana, más allá de sus respectivas crisis, post desmembramiento definitivo del imperio español y por los síntomas de agotamiento de los proyectos modernizadores americanos, fue posible por la coyuntura de la expansión de los Estados Unidos, cristalizada en la carga simbólica del episodio de 1898. Si bien, este episodio adquirió un significado específico en cada caso, el contexto post 1898 posibilitó

el tendido de redes entre la intelectualidad española y americana, articulándose redes transnacionales, a partir de una nueva mirada mutua.

Las redes hispanoamericanistas españolas respondieron a la preocupación de la intelectualidad española por recuperar sus vínculos con América, dado que le encontraban relevancia para el objetivo principal, como ellos lo definieron, de “regenerar” la Nación española. Los hispanoamericanistas españoles perseguían el objetivo de recomponer la comunidad española–americana, que creían todavía vigente, tras la decadencia del Imperio español y su caída definitiva en 1898. En la misma coyuntura de retroceso español y avance norteamericano en América, parte de las elites intelectuales americanas desarrollaron un sentimiento de empatía y apertura a España.

A través del análisis de las configuraciones de España presentes en la obra de Manuel Ugarte, es posible postular la existencia de circulación y recepción de ideas entre el autor argentino y los autores de la generación del 98 española: recursos argumentativos propios de la revisión de la leyenda negra, la idea de latinidad y la idea de comunidad española–americana.

La caracterización ugarteana de España, se articuló en torno a una tensión entre dos caras opuestas, una España brutal, y a la vez una España civilizadora, a partir de la utilización de recursos propios de la revisión de la leyenda negra para caracterizar la conquista y colonización española de América. Su interpretación de dicho proceso, en consonancia con las interpretaciones españolas de la conquista y colonización americana, lo presentaba como un fenómeno civilizatorio y a la vez brutal, pero cuya responsabilidad les fue adjudicada a los conquistadores, no a España. Estos recursos utilizados en su interpretación del proceso de conquista, lo conectan con la revisión de la leyenda negra, que tenía antecedentes anteriores a la Guerra del 98, y fue relanzada por los autores hispanoamericanistas españoles.

A través de la revisión del proceso de conquista y colonización, el propósito de Ugarte era, se estima, matizar la imagen de España, de modo tal que América Latina pudiera ver en ese país una referencia identitaria. Si España quedaba liberada de su

imagen negativa, el legado cultural español podía ser recuperado como valioso. A partir de la colonización y conquista, España otorgó a América, según planteó Ugarte, un legado cultural que conformó la identidad americana, para articular América latina como un todo.

El principal aporte español en América era, de acuerdo al autor, el legado cultural latino. En el caso de los hispanoamericanistas españoles, lo latino era, bajo su óptica, un legado civilizatorio en América como una contribución propia de España a la humanidad. Configurada inicialmente en Europa, la oposición latino-sajona, fue incorporada por Ugarte y los españoles para interpretar la expansión de Estados Unidos sobre el subcontinente. La latinidad era un concepto de origen previo y que respondía a otra finalidad, y posteriormente fue mediado por José Enrique Rodó. La idea de latinidad circuló entre Ugarte y los autores españoles trabajados, bajo una determinada coyuntura de expansión de Estados Unidos, lo cual condujo, se estima, a su incorporación, para perseguir objetivos distintos, en los discursos de Ugarte y los españoles.

Ugarte y los autores de la generación del 98 analizados, se percibieron bajo la identidad latina o espacio cultural latino. El legado latino, heredado de España de acuerdo a lo planteado por Ugarte, era distintivo respecto a la cultura sajona difundida en América del norte. La acción del legado latino sintetizaría la diversidad americana al sur del continente, su valor era cultural e identitario.

Las culturas latina y sajona se extendieron en América, de acuerdo a Manuel Ugarte, por las colonizaciones española e inglesa. De esa forma, el conflicto de las razas latina y sajona en Europa, se extendió hacia nuestro continente, quedando configuradas en dos porciones contrapuestas cultural y civilizatoriamente. De esa manera, Ugarte reprodujo en el continente Americano la oposición cultural latino-sajona, bajo la forma de oposición entre la Nación latinoamericana y los Estados Unidos.

La oposición latino-sajona, se configuró antes de que Ugarte la tomara y cobró impulso tras la guerra del 98. Las respuestas discursivas de Ugarte y los españoles se enmarcaron en la guerra del 98 y la rendición de España, proceso que impulsó dichas respuestas, en la coyuntura de avance estadounidense sobre América latina. En el caso de

Ugarte, este buscó la recuperación de lo español, desde el punto de vista cultural, para construir la identidad americana, siendo el legado latino recuperado por el discurso del autor para oponer las dos porciones continentales que él definió.

Estimamos que la idea de latinidad se incorporó, como imaginario previo, en los discursos de Ugarte y los españoles, con fines diferentes, tras la irrupción de Estados Unidos en el panorama mundial. El imaginario latinista se configuró con anterioridad y circuló tras la guerra del 98, siendo incorporado por los autores analizados en sus respectivas construcciones identitarias.

Por otra parte, si España prolongó el legado latino en América, podría el autor sugerir con esto que percibía una suerte de continuidad española en América. Si esto fue percibido por los intelectuales españoles como fundamento de la comunidad transnacional que trataron de articular entre España y América, para Ugarte era articulador de una comunidad subcontinental opuesta a Estados Unidos.

La categoría de “bloque agrietado” refiere a la “entidad superior”, que el discurso de Ugarte articulaba entre España y América. Hace referencia a una entidad fracturada, y una idea de comunidad transnacional similar a la planteada por los autores hispanoamericanistas españoles. La idea de “bloque agrietado” lo conectó con el hispanoamericanismo español, ya que los intelectuales españoles construyeron una comunidad transnacional, más allá de las fronteras españolas, que incluyó a América. Conjeturamos que la conexión entre Ugarte y los intelectuales españoles, en cuanto a la configuración de un espacio cultural común a España y América, puede situarse en el marco de la época del cumplimiento del centenario de las revoluciones y de la coyuntura de avance norteamericano sobre América latina.

La noción de Bloque Agrietado construida en el discurso de Ugarte supuso una comunidad cultural entre España y América que continúa tras las independencias, pero sin dejar del todo de lado la especificidad americana²⁶. En concordancia, los intelectuales españoles percibieron la existencia de una comunidad transnacional, heredada de los siglos

²⁶ Reconoció la diversidad americana, aunque la subsumió al elemento español como articulador

coloniales. Pero si Ugarte recuperó el periodo colonial fue fundamentalmente para extraer elementos culturales españoles que le permitían articular una comunidad sub continental americana. Frente al panorama que calificó como de “desmigajamiento” de los países latinoamericanos, el periodo colonial le sirvió para configurar la preexistencia de la Nación latinoamericana, gestada durante la conquista y colonización española.

Ugarte configuró la categoría de “bloque agrietado” desde su interpretación de las independencias. Se postula que Ugarte, en su postura acerca de las causas de las independencias, intentó refutar las interpretaciones de los autores españoles, con el propósito de desarticular el tipo de lecturas que acerca de las independencias americanas circulaban en España y también en América. Estimamos que, en diálogo con los autores españoles, para darles respuesta a aquellas, la interpretación de Ugarte estaba orientada a presentar el proceso de las independencias americanas como consecuencia de una coyuntura específica, que podría haberse desenvuelto de manera diferente, dando otro resultado, inicialmente carente de pretensiones separatistas, y bajo ninguna manera motivada por ánimo anti español alguno. Se estima que su intencionalidad era acercarse a España en contexto del Centenario, el cual propició una proximidad española–americana, a partir de la novedad por esa época de la expansión estadounidense sobre América latina, y concomitante percepción de peligro de por lo menos parte de las elites americana y española.

En la interpretación del proceso de independencias, tal como lo configuró el discurso de Ugarte, se evidencia una percepción de comunidad. En su interpretación del proceso de independencia configura el antecedente que le permite argumentar la idea del “bloque agrietado”. Articuló la existencia de una comunidad española –americana desde las independencias, unificó el proceso como un enfrentamiento que trascendía las fronteras y distancia entre la metrópoli y la colonia, entre liberales y absolutistas, con españoles y criollos en cada uno de los bandos.

La observación del autor acerca de la solidaridad entre el movimiento liberal español y los independentistas americanos, le permitió fundamentar que la oposición

librada en las independencias era entre liberales y absolutistas, no así entre españoles y americanos. La oposición entre ideas liberales vs. absolutismo es presentada en el discurso de Ugarte como la oposición que jugó en el origen y el desarrollo del proceso de independencias americano. Ugarte distinguió entre, por un lado, la Corona absolutista y sus medidas oprobiosas y por otro lado, la Nación española, distinción con la que, estimamos, intentó preservar la imagen de España y salvar el legado español, en el que encontró un valor cultural para configurar América como una unidad histórico-identitaria. Se observa que la percepción ugarateana acerca de España mutó de una España civilizadora durante la colonización, a una España retrógrada durante la dinastía de los Borbones, manifestando nuevamente la doble cara sobre la cual se construyó la imagen de España en tensión en el discurso ugarateano.

La propuesta planteada por Ugarte de una alianza integrada por América latina y España, estaba basada en la pre-existencia de una comunidad española americana agrietada por razones casi de fuerza mayor que no interfieren sin embargo en la solidaridad manifestada entre las “partes de la raza”. Esta propuesta de alianza, entendemos, se encontró favorecida por la percepción que tuvieron en común Ugarte y los autores españoles en torno a la presencia de Estados Unidos como un peligro cultural. Ugarte interpeló a España, en una alianza para la pervivencia de la raza latina, en un momento en el cual el hispanoamericanismo español prestó atención a América para sus fines regeneracionistas, tras la pérdida de las colonias americanas a manos del país del norte, cuya hegemonía en el continente se había consolidado.

La alianza española americana, fue secundaria en la propuesta estratégica del autor para enfrentar a los Estados Unidos. Frente a la amenaza que suponía para la pervivencia de la raza latina frente a la sajona, lo que comprometía a España y a América era la conservación del legado cultural compartido. El potencial peligro representado por Estados Unidos afectaría la preservación de un legado latino en América, heredado de España, lo que también exigía a España comprometerse con el Porvenir americano. El legado latino entendido como común también por parte de los españoles, le permitió a

Ugarte plantear una alianza con España, frente al avance de Estados Unidos, con el fin de fortalecer el legado cultural y su pervivencia frente a la amenaza que les representaba la raza sajona.

Ugarte concibió a los Estados Unidos de manera compleja, por un lado como ejemplo para las repúblicas, pero también como de amenaza para Latinoamérica, tanto material como cultural. Por su parte, los autores españoles se preocuparon por la influencia y el atractivo que Estados Unidos representaba para América latina y la amenaza o competencia que esto suponía a su pretensión de fomentar un acercamiento español- americano.

El hispanoamericanismo español planteó la pertenencia española y americana a una raza común, y a una comunidad transnacional que incluye a España y América. La categoría de raza tenía un carácter cultural tanto para Ugarte como para el hispanoamericanismo español, la idea de bloque agrietado que configuró el discurso del argentino resultó, estimamos, una idea equivalente a la comunidad transnacional que plantearon los españoles.

La noción de bloque agrietado se construyó como herramienta para la reivindicación de la raza común frente a la expansión de Estados Unidos en el continente americano, y se extendió a España. Ugarte desarrolló el concepto de raza a fines de aglutinar América, y le habilitó también, a convocar la ayuda de España frente al sajón, estimamos, aprovechando la nueva mirada de España hacia América, en un contexto donde la raza sajona era percibida como pujante frente a la decadencia latina, a partir de la aparición de Estados Unidos como potencia hegemónica en el continente americano y la caída definitiva del imperio español, tras la pérdida a manos de Estados Unidos.

Los propósitos que guiaron a Manuel Ugarte y a los intelectuales hispanoamericanistas españoles fueron diferentes, éstos últimos guiaron sus reflexiones en torno a la nostalgia de un perdido pasado imperial de grandeza y Manuel Ugarte, orientó su mirada al futuro, retomando el pasado colonial español con el propósito de la reconstrucción de la Nación latinoamericana.

España fue configurada en la obra de Manuel Ugarte como retrógrada y violenta, y al mismo tiempo, civilizadora. La imagen que construye Ugarte del país peninsular lo ubica en el origen de la identidad sudamericana, percepción que le permitía fundar una comunidad subcontinental en torno a su legado cultural, el legado latino, lo que la convierte en un aliado frente a la expansión estadounidense. Su carácter de aliado es secundario respecto al encumbramiento de España como fuente del legado cultural que unifica a la Nación latinoamericana que Ugarte construyó en su relato.

FUENTES

Correspondencia

SWIDERSKI, Graciela (Dir.), 1999: *El epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951)*, Buenos Aires, Archivo General de la Nación. Recuperado de: <http://www.mininterior.gov.ar/agn/pdf/Ugarte.pdf> [consulta agosto de 2016].

Correspondencia de Miguel de Unamuno con Iberoamericanos. Repositorio Documental Gredos. Gestión del repositorio documental de la Universidad de Salamanca. Carta de Manuel Ugarte a Miguel de Unamuno. Arromanches, 10 de julio de 1904. Recuperado de: <http://gredos.usal.es/jspui/handle/10366/21008> [consulta agosto de 2016].

Libros y Artículos

ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, 1900 (a): *Cuestiones Hispanoamericanas*, Editorial Rodríguez Serra, Madrid.

-----1900 (b): *Historia de la civilización española*, Editorial Sucesores, J. Gallach Barcelona, Cáp. IX. pp. 199-207.

----- 1950: *Los elementos de la Civilización y el carácter españoles*, Losada, (1904).

----- 1909: *Historia de España y de la civilización española*, J. Gili, Barcelona, Tomo IV, Cáp. II, pp. 140-210.

DE MAEZTU, Ramiro, 1917: “El hispanismo de los sudamericanos”, *Nuevo Mundo*. N 1206. Recuperado en: <http://filosofia.org/hem/191/9170216.htm> [consulta agosto de 2016].

-----, 1948: “El espíritu de la economía iberoamericana”, en: *Ensayos*, Emecé editores, Bs. As, pp. 321- 343 (1926).

-----, 1948: “La conquista de América”, en: *Ensayos*, Emecé editores, Bs. As, pp. 283- 304 (1932).

DE UNAMUNO, Miguel, 2009: “La educación”, en: *Obras completas*, Tomo VIII, Biblioteca Castro, Fundación José Antonio de Castro, Madrid, pp. 411-427 (1902). [Recuperado en: <https://es.scribd.com/doc/212519374/Unamuno-Obras-Completas-Tomo-8>, [consulta agosto de 2016].

-----: “Prologo” (1901) en Ugarte, Manuel: *Paisajes Parisienses*, Garnier, París, 1903.

----- 2009: “Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana” (1905), en: *Obras completas*, Tomo VIII, Biblioteca Castro, Fundación José Antonio de Castro, Madrid, pp. 955- 995. Recuperado en: <https://es.scribd.com/doc/212519374/Unamuno-Obras-Completas-Tomo-8> [consulta agosto de 2016].

----- 1908: “Por el estado de la cultura. Clasismo de Estado y romanticismo de la región”, en: *Faro*, N5. Recuperado en: <http://filosofia.org/hem/190/9080322a.htm> [consulta agosto de 2016].

UGARTE, Manuel, 1953: *El porvenir de América Latina*, editorial Indoamérica, Bs. As, (1910).

-----, 2014: “Causas y Consecuencias de la Revolución Americana” (1910) en: *Mi campaña hispanoamericana*, Punto de Encuentro, CABA, (1922).

-----, 2014: “Las ideas de la emancipación” (1911) en: *Mi campaña hispanoamericana*, Punto de Encuentro, CABA, (1922).

-----, 2014: “La atracción de los orígenes” (1920) en: *Mi campaña hispanoamericana*, Punto de Encuentro, CABA, (1922).

-----, 2014: “Prefacio” en: *Mi campaña hispanoamericana*, Punto de Encuentro, CABA, (1922).

----- 1923: *El destino de un continente*, Editorial Punto Latino, Madrid.

----- 1927: Manifiesto a la Juventud Latinoamericana en: Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, pp. 111- 114, s/f.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLÁN, José Luis, 2007: “España - América latina (1900-1940): la consolidación de una solidaridad”, en: *Revista de Indias*, vol. LXVII, núm. 239, pp. 15-32, Recuperado de revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/download/590/656 [consulta junio de 2017].

-----:2010: *Rafael Altamira y el americanismo: un eslabón de la revolución modernista*, Ateneo de Madrid: Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/rafael-altamira-y-el-americanismo---un-eslabn-de-la-revolucin-modernista-0/> [consulta junio de 2017].

ALTAMIRANO, Carlos, 2008: *Elites culturales en el siglo XX americano*, en: ALTAMIRANO, Carlos (Dir.): *Historia de los intelectuales de América Latina*, vol. 2, pp. 9-28, Katz, Buenos Aires.

BECERRA, Eduardo, 1999: “Del idealismo a la utopía: el pensamiento hispanoamericano tras el 900”, en: *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Universidad Autónoma de Madrid. Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/194248975/Del-idealismo-a-la-utopia> [consulta junio de 2017].

BERGEL Martín y MARTÍNEZ MAZZOLA Ricardo, 2008: “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)”, en: ALTAMIRANO, CARLOS, (Dir.) *Historia de los intelectuales de América Latina*, Vol. II, pp. 119- 145, Katz, Buenos Aires.

BETHELL, Leslie, 1990: *Historia de América Latina*, Critica, Barcelona.

BOERSNER, Demetrio, 1996: *Relaciones internacionales de América Latina: breve historia*", Nueva Sociedad, Caracas.

CARR, Reymond, 1970: *España 108-1939*, Ediciones Ariel, Barcelona.

COLOMBI, Beatriz, 2004: *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina 1880-1915*, Beatriz Viterbo Editora, Rosario.

COLOMBI, Beatriz, 2008: "Camino a la meca: escritores hispanoamericanos en París"; en ALTAMIRANO, Carlos (Dir.): *Historia de los intelectuales en América Latina*, , vol. I, pp. 544- 566, Katz, Buenos Aires.

DEVES VALDEZ, Eduardo, 1997: "El pensamiento latinoamericano a comienzos del siglo XIX: la reivindicación de la identidad", en: *CUYO Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, N° 14.

DEVÉS VALDÉS, Eduardo, 2007: *Redes de intelectuales en América latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Chile, Chile.

FLORES, Maria José: *Ramiro de Maeztu y la crisis de fin de siglo*, marzo de 1998, presentado en XVIII Convegno Associazione Ispanisti Italiani, Siena. Recuperado de: http://cvc.cervantes.es/literatura/aispi/pdf/11/11_303.pdf [consulta agosto de 2016].

GALASSO, Norberto: *Manuel Ugarte: un argentino "maldito"*, Recuperado de: http://www.manuelugarte.org/manuel_ugarte.php [consulta agosto de 2016].

GARCIA, Manuel Andrés, 2014: "De la "Patria Grande" a la "Madre Patria": Manuel Ugarte y el hispanoamericanismo español (1900-1930)", en *Revista de Indias*, vol. LXXIV, N 261. Recuperado de: <http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/viewFile/968/1042> [consulta agosto de 2016].

GIL, Federico Guillermo, 1975: *Latinoamérica y Estados Unidos: Dominio, cooperación y conflicto*, Editorial Técnos, Madrid.

GRANADOS, Aimer y MARICHAL, Carlos, 2004: *Construcción de las identidades latinoamericanas: ensayos de historia intelectual (Siglos XIX y XX)*, Colegio de México, México DF.

LAFEBER, Walter, 1991: Un momento crucial: Los años de McKinley (1896-1900), en: ARRIAGA WEISS, Victor Adolfo y GRUNSTEIN DICKTER (Coords.), Arturo: *Estados Unidos visto por sus historiadores*, Vol. 2, pp. 52-85.

LEDEZMA MARTINEZ, Juan Manuel, 2013: *Los programas hispanoamericanistas de Rafael Altamira y su primera estancia en México, 1909-1910: hacia la conformación de una red intelectual*, (Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid), recuperado de: https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/660378/ledezma_martinez_juan_manuel.pdf?sequence=1 [consulta agosto de 2016].

MAIZ, Claudio, 2003: *Imperialismo y cultura de la resistencia. Los ensayos de Manuel Ugarte*, Ferreyra Editor, Córdoba.

MOLOCZNIK, Maximiliano, 2014: Prólogo, en: *Mi campaña hispanoamericana*, Punto de Encuentro, CABA.

NEILA HERNÁNDEZ, José Luis, 2008: “Entre Cuba y las Azores: imágenes y percepciones en las relaciones entre España y los Estados Unidos”, en: Estudios internacionales: Revista del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, N°. 160. Recuperado de: <http://www.revistaei.uchile.cl/index.php/REI/article/viewFile/14113/14419> [consulta agosto de 2016].

PELOSI, Hebe Carmen, 2008: *Rabel Altamira y la argentina*. Cuadernos de América sin nombre, n 11. Recuperado en <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/6284> [Consulta agosto de 2016].

PELOSI, Hebe Carmen, 2011: “Rafael Altamira y su visión americanista”, en: *Rafael Altamira: idea y acción hispanoamericana*, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, pp. 79-96. Recuperado en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/rafael-altamira-suvision-americanista.pdf> [consulta febrero de 2017].

PERKINS, Dexter: *La doctrina Monroe comentada, s.f.*

RIVERO RODRIGUEZ, Alfredo, 2004: “El problema de la identidad nacional en la obra de Rafael Altamira”, en: *Memoria y Pasado*, Revista de Historia contemporánea , N 3, Universidad de Alicante. Recuperado de: <http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/15793311RD34495123.pdf> [consulta agosto de 2016].

RUEDA HERRANZ, GERMÁN, 1998: "El desastre del 98 y la actitud norteamericana" en: *Anales de Historia Contemporánea*, N°. 14. Recuperado de: <https://digitum.um.es/xmlui/bitstream/10201/7168/1/El%20desastre%20del%2098%20y%20la%20actitud%20norteamericana.pdf> [consulta junio de 2017].

SAAVEDRA INARAJA, María: "Construyendo la comunidad iberoamericana: Brasil en el latinoamericanismo de Manuel Ugarte" en: *Temas de historia argentina y latinoamericana*, UCA, CABA, 2013. Recuperado en: <http://www.uca.edu.ar/uca/common/grupo82/files/Revista-Temas-Numero-21.pdf> [consulta agosto de 2016].

SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, 1989: "*Componentes del latinoamericanismo en Manuel Ugarte*"; en *Espacio, tiempo y forma*, N° 2, UNED, Facultad de Geografía e Historia.

SEPÚLVEDA, Isidro, 1990: "Rafael Altamira. Programa hispanoamericanista español", en: *Espacio, Tiempo y Forma*, pp. 123-142. Recuperado en: <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:ETFSerie5-FD39F58A-F7FF-0C2B-EE8F-A6A2F33F7A66&dsID=Documento.pdf>.

SEPÚLVEDA, Isidro, 2005: *El sueño de la madre patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Marcial Pons-Ediciones de Historia, Madrid.

SOLER, Ricaurte, 1987: *Idea y cuestión nacional latinoamericanas: de la independencia a la emergencia del imperialismo, siglo XXI editores*, México.

SOLER, Ricaurte, 1991: *La invasión de Estados Unidos a Panamá*, Siglo XXI editores, México.

TERÁN, Oscar, 1986: *En busca de la ideología argentina*, Catálogos, Buenos Aires.

VALDEZ, Maria, 1998: *Unamuno y la argentina, la Revista de Letras y Ciencias Sociales de Tucumán y el dialogo finisecular*, presentado en XIII Congreso AIH, Barcelona. Recuperado de: https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih_13_2_055.pdf [consulta agosto de 2016].

ZINN, Howard, 2005: *La otra Historia de los Estados Unidos. Desde 1492 hasta el presente*, Hondarribia: Hiru, España. Recuperado de: <https://humanidades2historia.files.wordpress.com/2012/08/la-otra-historia-de-ee-uu-howard-zinn.pdf> [consulta julio de 2014].

LICENCIA



Las configuraciones de España en la obra de Manuel Ugarte. Conexiones con la Generación del 98 española. por Sánchez, Micaela Fermina del Rosario se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

<https://rdu.unc.edu.ar/>